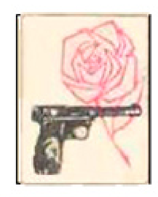


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Por vía diplomática

Esta aventura está basada en los proyectos de futuro de un país africano imaginario que pretende nada menos que entablar negociaciones con los Estados Unidos de América. Negociaciones que, evidentemente, tienden a establecer unas cláusulas que han de resultar beneficiosas para ambos países. El encargado africano de las negociaciones con los USA dice que quiere hacerlo todo muy bien, dando la cara y con la verdad por delante. En sus propias palabras, todo tiene que hacerse y resolverse «por vía diplomática», con seriedad, claridad y honestidad, todo lo cual, naturalmente, merece la aprobación de Washington.



Lou Carrigan

Por vía diplomática

Brigitte en acción - 59

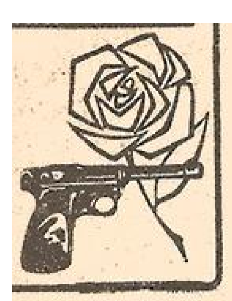
ePub r1.0

Titivillus 02.07.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capitulo Primero

Eurídice cantaba en el gran escenario, extendiendo su melodiosa voz por todo el teatro. En la platea brillaban las joyas de las damas, sus hombros desnudos, las manos elegantemente ensortijadas; y las blancas pecheras de los esmóquines de los caballeros. Se veía el brillo suave de las pieles, las ricas alfombras, los adornos de la platea y los palcos…

Un ambiente grato, elegante, culto. En el silencio total destacaba como un cristalino chorro de belleza la voz de Eurídice.

Y en uno de los palcos, una mujer, sola. Una mujer joven, de ojos azules grandes y risueños, dulce… La más bella, elegante mujer de todo el teatro. Seguramente la más bella mujer del mundo. Vestido de noche, de color plata, un bonito collar de brillantes, abrigo de chinchilla… Todo ello, en el más hermoso cuerpo del mundo. Finos los hombros; recta, delicada, dulce la garganta; infantil y al mismo tiempo tentadora su boca de labios un poco alargados, llenitos por el centro, alzado ligeramente el superior en una muequecita deliciosa; negros sus finos cabellos largos, magníficamente peinados…

Brigitte Montfort, alias Baby: la más eficaz espía de la CIA, y, sin duda, la agente secreto femenino más peligrosa del mundo entero. Un palco para ella sola; desde el cual miraba con sus prismáticos al escenario, de cuando en cuando, mientras sus oídos permanecían atentos al bello canto de Eurídice.

Muy atentos. Pero siempre reservando una parte de su funcionamiento a lo que la rodeaba. En cualquier lugar podía surgir la peligrosa sorpresa para la agente Baby. Incluso allí, en el apacible teatro, en el elegante palco, a la vista de los cientos de personas que ocupaban la platea. No hacía mucho que habían querido matarla en diversas ocasiones, con verdadero ahínco, y Brigitte mantenía aún una constante vigilancia tensa a su alrededor. No sería agradable

que alguien repitiera los intentos[1].

Pero por si aquello sucedía, la espía internacional de lujo estaba siempre bien preparada. Por ejemplo: ni siquiera para asistir a una función de ópera acudía desarmada. Ni dejaba de estar atenta a su alrededor… Y a su espalda. Muy atenta.

Por eso, cuando oyó tras ella el rumor de la puerta del palco privado que ocupaba, metió la mano en el bolsito de malla de oro, y sus deditos asieron la pistola de cachas de madreperla con silenciador acoplado de origen. El estampido del disparo de aquella pistolita era tan suave, tan tenue, que apenas podía ser oído a media docena de pasos de distancia.

Un arma pequeña, pero mortal, que la agente Baby sabía usar siempre en el momento oportuno. Con ella bien asida entre los dedos, y sin sacar la mano del bolsito de malla de oro, se volvió con descuidada elegancia hacia la puerta del palco.

El hombre estaba cerrando la puerta. Acabó de hacerlo y alzó una mano, en silencioso saludo. Brigitte frunció el ceño, sacó la mano del bolsito y de nuevo prestó toda su atención a «La nuova Euridice», de Roberto Lupi.

El hombre se sentó junto a ella, y estuvo casi un minuto en silencio, fija su mirada en el escenario. De pronto, frunció el ceño, se inclinó hacia Brigitte y musitó:

—Es urgente.

—Ssssttt.

—Tenemos que hablar…

—Cállese, o márchese.

El hombre soltó un gruñido, cruzó los brazos sobre el pecho y estuvo callado un par de minutos. Entonces, volvió a la carga.

—¿Falta mucho? —susurró.

—Unos minutos. Es usted odioso, tío Charlie.

Charles Pitzer, jefe directo de la espía Baby en Nueva York, soltó otro gruñido, y pareció hundirse en la confortable silla acolchada, de tapizado dorado y rojo. En el escenario, Eurídice estaba «gritando como una condenada», según le pareció a él. Le encantaba la ópera, naturalmente, pero no tenía la menor disposición de ánimo para escucharla en aquellos momentos.

Intentó volver a hablar tres minutos más tarde, pero los azules ojos se clavaron hoscamente en él, y se dijo que, definitivamente,

tendría que esperar. Y así fue, durante seis minutos. De pronto, Eurídice dejó de cantar, hubo un segundo de silencio, y, bruscamente, el teatro pareció temblar bajo la salva de aplausos y los «¡bravos!» de admiración, de aprobación al trabajo de la cantante… El público se puso en pie. Hubo un centelleo de joyas, de pecheras blancas, de ojos, de pieles… La salva de aplausos ahogó la voz de Pitzer, que se apresuró a intentar de nuevo el diálogo con la espía, que aplaudía elegantemente. Algunos hombres de la platea, aprovechando el movimiento general, volvían ya la cabeza hacia el palco en el que, durante los dos entreactos anteriores, habían visto a la más hermosa damita del mundo. Y hubo no pocos contenidos gestos de decepción al ver a semejante mujer con un hombre de hombros estrechos, sin duda de estatura inferior a la muchacha, un poco calvo, ojillos pequeños y penetrantes y expresión casi irritada… Así es la vida. Quizá las joyas de aquella hermosa mujer hubieran sido pagadas por el hombre de gesto adusto.

El telón bajó y subió varias veces. Luego, los aplausos decrecieron, el público empezó a abandonar la platea…

—Supongo que podrá dedicarme ahora unos minutos de su atención, Brigitte.

—Es usted odioso, tío Charlie.

—Eso ya lo dijo antes. ¿Nos vamos?

Alzó el abrigo de chinchilla hacia los hombros de la espía, que lo recibió como una reina, y se dirigió hacia la puerta del palco. Se detuvo allí, esperando a que Charles Pitzer la abriese.

—¿No podía haber esperado a que terminase la función?

—No sabía cuánto podía tardar.

—Pues me ha fastidiado usted los últimos minutos de la representación, querido. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

Habían salido ya al pasillo, y por delante de ellos cruzaban los ocupantes de otros palcos, con suave rumor, sonrisas, palabras apenas musitadas…

—¿Aquí? —masculló Pitzer.

—Precisamente aquí es donde menos atención van a prestarnos. Es decir, que quienes podrían vernos ya lo han hecho. Y temo que muchos no habrán pensado muy bien de su presencia en mi palco a última hora, como si hubiera pasado a recogerme.

—Oh, vamos, déjese de tonterías —farfulló el espía—. Una

mujer como usted está por encima de esas tonterías. Vamos a su coche, y allá podremos hablar tranquilamente. A menos que prefiera invitarme a tomar algo en su apartamento.

—Usted no se merece esta noche tal privilegio, tío Charlie. Pero le permito que me invite a un par de copas de Perignon 55 en Lady's. ¿Cree que podrá afrontar ese gasto?

—¿Lo dice de veras? —Brillaron los ojos de Pitzer.

—Absolutamente de veras.

—¿Y me concederá algún baile?

—Lo pensaré… por el camino.

* * *

El camarero los llevó hacia una de las mesitas con manteles de color rosa. Manejó la silla de Brigitte, ayudándola a sentarse, y Pitzer fue el encargado de echar el abrigo hacia atrás… Como siempre, las miradas de los hombres estaban atónitas fijas en Brigitte, mientras las mujeres sentían aquel estremecimiento de envidia. En el pequeño escenario casi a oscuras, tapizado de rosa y con una pequeñísima luz roja, la orquesta permanecía silenciosa, excepto el violín…

—Delicioso —musitó Brigitte—. Parece que hoy es mi noche de suerte para la música. Es decir: podría haberlo sido.

Charles Pitzer no se inmutó ante el reproche.

—Perignon 55 —pidió al camarero—. Muy frío, y con guindas.

—Ya está pedido, señor. ¿Desea algo más, señorita Montfort?

—Nada, Raoul. Gracias.

El camarero se alejó, y Brigitte miró con simpática ironía a su jefe directo de la CIA, que parecía un poco irritado.

—Parece que la conocen aquí —masculló.

—Por supuesto, querido. Bien, ¿qué cosa tan urgente era la que tenía que decirme? Oh, espero que tendremos tiempo de tomar siquiera una copa de champaña con guinda.

—Empezará mañana, de manera que tenemos tiempo.

—¿Mañana? En tal caso, ¿por qué ha venido a fastidiarme la audición de «La nuova Euridice»?

—Supe que estaba en la ópera, desempolvé mi esmoquin, y pensé que sería estupendo pasar la velada con usted.

—Inaudito —exclamó alegremente Brigitte—. Entiendo que usted se aprovecha de su jefatura en la CIA para… gozar de mi compañía, tío Charlie.

—Pequeños e inocentes trucos de espía.

—Bueno… Al menos, parece que ha mejorado su humor, lo cual ya es algo. Me pregunto por qué las personas que pueden darme órdenes están siempre malhumoradas. Usted y Miky Grogan parecen reservar todo su mal humor para mí solita. ¿Por qué?

—Por rencor.

—¿Rencor? ¿Tiene usted algo contra mí, querido?

—Ajá: a que me llame querido sin serlo…, como yo quisiera.

—Ah… Pero es que, tío Charlie, sus pretensiones son muy… elevadas. Usted y Miky deberían conformarse con mis sonrisas y con esos besitos de cariño que les doy de cuando en cuando. Reconozca que usted no es mi tipo.

Charles Pitzer enrojeció, pero Brigitte se echó a reír, y el enfado desapareció.

—¿Quiere que bailemos? —propuso Pitzer.

—Magnífica idea.

Salieron a la diminuta pista. Charles Pitzer enlazó a Brigitte, cuya boca quedó a la altura de los ojos del hombre. Y tras mirar aquella dulce boca, los ojillos penetrantes de Pitzer bajaron hacia el inmenso escote, que tan cerca quedaba, por ser Brigitte más alta que él. La finísima piel, dorada por el sol de todos los continentes, brillaba como seda, mostrando la sugestiva forma del principio de los senos más bellos del mundo.

Charles Pitzer tragó saliva y desvió rápidamente la mirada.

—¿Hay algo que le impresione, tío Charlie? —rió quedamente la espía.

—Creo… creo que sería mejor volver a la mesa… No puedo concentrarme aquí, Brigitte.

—¿Por qué motivo?

—Pues por… por todo.

—Vamos, vamos… No tiene que ser tan impresionable. Al fin y al cabo, sólo estamos bailando. No me diga que jamás ha tenido en brazos a una mujer.

—Como usted, nunca.

—Pues ya le correspondía esa suerte —rió ella—. ¿Tengo que

viajar a algún lejano y exótico lugar? ¿Tengo que robar algún plano de algo, matar a alguien, rescatar a un compañero…?

—Esta vez, las cosas van a suceder en el mismo Nueva York, si no ocurre nada imprevisto.

—Magnífico. Siempre es agradable trabajar en casa. ¿Qué quiere decir con eso de «imprevisto»?

—Que si algo saliese mal, quizá tendría que viajar a África.

—¡A África! —exclamó Brigitte—. ¿A qué parte de África?

—Federación Ungasi.

La espía bajó la vista, mirando con cierta perplejidad a Pitzer.

—¿Federación Ungasi? ¿Y qué tengo que hacer allí?

—No lo sabemos, porque esperamos que no tendrá que desplazarse allá. No es un lugar muy cómodo. Está como a diez grados de latitud sur, en la costa este de África…

—Sí, ya sé, ya sé… Es un país independiente, de gran mayoría negra. ¿Tiene algo que ver ese país con Estados Unidos?

—Lo tendrá muy pronto. Por el momento, USA le ha prestado a la Federación Ungasi veinticinco millones de dólares.

—No es mucho.

—Es la cuarta parte del empréstito contratado. Parece ser que antes de poner en marcha definitiva el acuerdo, la Federación Ungasi pretende arreglar un poco su territorio con esos veinticinco millones de dólares: algunas escuelas, arreglar un par de puertos, caminos interiores, hospitales… Lo más imprescindible, de momento. Luego, con los setenta y cinco millones restantes, pondrá las cosas todavía mejor. Y, por último, será un país rico en cuanto nosotros empecemos a explotar sus yacimientos petrolíferos.

—Ah… Petróleo… ¿Tiene mucho petróleo la Federación Ungasi?

—Parece ser que sí. Según los informes de unos técnicos que han pasado allá un par de meses, Ungasi puede ser en breve una nueva Kuwait. Hay allí tanto petróleo que Estados Unidos considera muy interesante su explotación.

—¿Y regala cien millones de dólares por ella?

—Exactamente: los regala. Mmm… De momento, claro. Esos cien millones de dólares serán devueltos a largo plazo por Ungasi a partir del momento en que Estados Unidos inicie allá la explotación de los yacimientos de petróleo.

—Es decir, que, de momento, esos cien millones de dólares son

un préstamo, basado en la calidad petrolífera de Ungasi. Y en cuanto este país empiece a demostrar que, en efecto, está empapado de petróleo, empezará a devolver esos cien millones de dólares a USA Luego, una vez devueltos los cien millones, se firmará un nuevo acuerdo respecto al… reparto de beneficios que produzca el petróleo de Ungasi explotado por Estados Unidos.

—Exactamente.

—Es deprimente.

—¿Deprimente? ¡Es un magnífico negocio para los dos países…!

—No, no… Me refiero a que es deprimente su modo de bailar, tío Charlie… Por fortuna para mí, el baile está terminado.

Así era, en efecto. Pitzer refunfuñó algo, dirigió una última mirada al maravilloso escote, y luego se resignó a tenerlo algo más lejos, cuando los dos se sentaron a la mesa. El camarero acudió inmediatamente, sirvió a Brigitte y luego a Pitzer. En la mesita, en un recipiente de finísimo cristal, se veían algunas guindas, de buen tamaño y suavísimo color. Brigitte se echó una en la copa, con las pinzas de plata. El camarero dejó la botella en el cubo con hielo, colocado en la mesita auxiliar rodante, y se inclinó ante Brigitte.

—¿Necesita algo más, señorita Montfort?

—No, Raoul, gracias…

Raoul se alejó, y Brigitte saludó con la manita a un matrimonio de edad mediana, que ocupaba una mesa no muy lejos de ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó Pitzer.

—Amigos de mi vida privada. Estaban en el teatro, y seguramente estaría ahora con ellos si usted no hubiera sido tan inoportuno… ¿Qué más cosas hay sobre Ungasi? ¿Cuál es la dificultad?

—Una sola, que quizá sea una falsa alarma. En realidad, todo ha sido un fallo de los agentes secretos de la diplomacia norteamericana… Un fallo que, por el momento, la CIA parece que está a punto de solucionar.

—Explíquese mejor.

—Bien… Usted sabe que cuando un país quiere enviar a otro país uno de sus diplomáticos, se recurre al informe previo, ya que sería bochornoso para ambas partes que una vez en Estados Unidos, por ejemplo, el diplomático del otro país fuese rechazado como… persona no grata, por ejemplo. Para evitar tan embarazosa

situación, el país que ha de recibir al diplomático extranjero solicita o se procura por sus propios medios el «placet». El «placet», como usted ya sabe, es el estudio de la personalidad del diplomático en cuestión; es un informe completo sobre su persona, respecto a asuntos particulares, tendencias políticas, familia… Es, simplemente, una ficha que contiene cuanto de interesante hay sobre ese diplomático. Pues bien: el «placet» de Ankio Mawaso era inmejorable. Por tanto. Estados Unidos lo aceptó como agente diplomático especial, enviado a nuestro país para negociar exclusivamente el asunto del petróleo de la Federación Ungasi y el préstamo inicial de USA a Ungasi.

—Entiendo. ¿Quién es exactamente ese Ankio Mawaso?

—Ya se lo he dicho: el agente diplomático especial enviado a Estados Unidos para tratar ese asunto del petróleo y el préstamo inicial. ¿Quiere conocerlo?

Pitzer sacó un sobre, y de él una fotografía, que tendió a Brigitte. Ésta se sorprendió sólo un instante al ver aquel rostro negro, de cabellos fuertemente rizados, muy cortos, y labios no demasiado gruesos. La mirada de Ankio Mawaso era en verdad inteligente, amable, casi bondadosa. Frente despejada y bien curvada. Había en aquella fotografía como un cierto destello palpitante de la personalidad de aquel hombre. Debía de tener poco más de treinta años, resultaba muy atractivo, y, sobre todo, destacaba en su expresión una profunda e inalterable honradez.

—Me gusta —dijo Brigitte.

—Ya sé que a usted le parecen en verdad iguales los hombres blancos, los negros, los amarillos…

—Y los verdes, si los hubiera —sonrió la espía—. ¿Qué más?

—Vea ahora estas otras dos fotografías. La mujer es Agatha Barrows. El hombre, Kolo Kaduva. Agatha Barrows es hija de ingleses, que se establecieron hace muchos años en Ungasi. Por tanto, *miss* Barrows es ungasiana. Tiene veinticinco años, es una mujer inteligente, y está prestando servicios de secretaria en el Gobierno de Ungasi. Kolo Kaduva es un muchacho de poco más de veinticinco años, muy inteligente, y un gran deportista de Ungasi. También está prestando servicios de secretario en el Gobierno de Ungasi. Tanto él como *miss* Barrows, han venido a Estados Unidos con Ankio Mawaso, en calidad de secretarios personales. Eso quiere

decir que ninguno de los dos puede prestar servicios de ninguna clase en la Legación de la Federación Ungasi en Nueva York, ya que están exclusivamente a las órdenes y servicio personal de Ankio Mawaso, el cual, a su vez, ha venido a USA solamente para resolver con amplios poderes el asunto del préstamo y del petróleo.

Brigitte asintió con la cabeza, todavía mirando aquellas dos fotografías. Agatha Barrows era rubia, ojos claros, mentón voluntarioso, expresión firme. Pero muy femenina… Y muy bonita. Kolo Kaduva era de raza negra, como Mawaso. Y, como éste, resultaba agradable, y su aspecto era inteligente. Pero no tanto como Mawaso. Era más joven, y, sin duda, no tenía aquel encanto personal que se percibía incluso en una fotografía de Ankio Mawaso. Pero, en conjunto, tanto los dos negros como la rubia y blanquísima Agatha Barrows, parecían personas inteligentes y dignas de confianza.

—¿Qué sabemos de Ankio Mawaso?

—Procede de familia adinerada. Estudió en Londres, Viena y Moscú…

—¿Moscú? —exclamó vivamente la espía.

—La Moscú de Rusia, desde luego —brillaron irónicamente los ojos de Pitzer—. ¿Eso le indica algo a usted?

—No precisamente… Pero quizá sí debió de indicarles algo a los agentes secretos de nuestros servicios diplomáticos.

—¿Por qué motivo? Nosotros tenemos algunos jóvenes estudiando en Rusia… ¿Acaso vamos a pensar que esos estudiantes norteamericanos van a regresar a la patria convertidos en agentes secretos soviéticos?

—No, claro. Pero si usted ha venido a buscarme, es que algo pasa, ¿no? ¿Qué es ello?

—Seguiremos primero con el «placet» o informe de Ankio Mawaso… Como le decía, ha estudiado en Londres, Viena y Moscú. Un hombre muy inteligente. Regresó definitivamente a Ungasi hace ocho años, es decir, cuando tenía veinticinco. Primero, fue maestro; luego, catedrático de Literatura e Historia Universal. A los veintiocho, entraba en los Servicios Diplomáticos de Ungasi, como ayudante de secretario. A los treinta, era embajador de Ungasi en la República Sudafricana. A los treinta y uno, embajador plenipotenciario de su país en Londres…

—Asombrosa carrera.

—Su inteligencia es digna de ella. Según todos los informes, Ankio Mawaso está destinado a ocupar, posiblemente, el más alto cargo de la Federación Ungasi. Los vaticinios son que llegará a ser el jefe de su país antes de los cuarenta años.

Brigitte volvió a mirar la fotografía de Ankio Mawaso. Verdaderamente, un hombre interesante. Y de cuya inteligencia ya no se podía dudar lo más mínimo.

Pero siempre, por encima de aquella inteligencia, de aquella evidente firmeza de carácter, destacaba en la fotografía la sensación de una profunda bondad en Ankio Mawaso.

Una bondad notable en su mirada serena y plácida, su frente despejada, su boca firme…

—Bien… ¿Cuál es mi cometido? —musitó.

—Vigilar estrechamente a Ankio Mawaso.

—¿Por qué?

—Porque el trato ya ha sido firmado por USA y por Ungasi.

—Entonces, no veo qué tengo que vigilar.

—Ayer por la mañana se firmó el acuerdo: Estados Unidos empezará a explotar los yacimientos petrolíferos de Federación Ungasi dentro de un año. Durante ese año, Federación Ungasi hará uso de veinticinco millones de dólares americanos, para poner a su país en un nivel interior más aceptable. Después de ese año, recibirán setenta y cinco millones más, y, al mismo tiempo, USA empezará a explotar esos yacimientos de petróleo. En resumen: Ankio Mawaso tiene ya firmado el convenio con su Legación, y ha cobrado los veinticinco millones de dólares de USA, en bonos.

—¿En bonos?

—Bonos negociables en cualquier parte del mundo. En principio, desde luego, se entiende que esos veinticinco millones de dólares irán siendo gastados aquí, en Estados Unidos. Si Ungasi precisa maquinaria, trigo, tejidos, etcétera, lo comprará a Estados Unidos. Pero si hay algún producto que precise de otro país, tendrán derecho a adquirirlo en ese otro país, utilizando los bonos del Gobierno de Estados Unidos para efectuar los pagos. Ya le he dicho que son bonos negociables en cualquier parte del mundo.

—Tanto daría, en este caso, haberle entregado esos veinticinco millones en billetes de Banco, ¿no?

—Sí. Pero Ankio Mawaso exigió el préstamo en bonos americanos.

—¿Por qué?

—Él dio una razón que fue considerada de una lógica aplastante por nuestros servicios diplomáticos y de negocios. Si él paga con billetes americanos, sólo demuestra que tiene dólares. Lo cual está al alcance de cualquiera. Si paga en bonos del Gobierno USA, demuestra que está aliado con USA. Lo cual, sin duda, concederá un gran prestigio a su país.

—Inteligente actitud la de Ankio Mawaso —aprobó Brigitte—. Pero sigo sin ver el problema por ningún lado, tío Charlie.

—Vea entonces esta fotografía.

La espía la tomó. Reconoció enseguida a Ankio Mawaso. Estaba en un restaurante, o quizás en un bar, sentado a una mesa. Había muchos hombres y mujeres de raza negra en otras mesas. Algunos blancos… Y sentado ante Ankio Mawaso, en la misma mesa, un hombre blanco, que alzaba las manos, dando enérgico apoyo a sus palabras.

—La foto está tomada en un elegante restaurante de Kokowa, la capital de Ungasi. Puede observar a Mawaso, supongo.

—¿Quién es el hombre que está con él?

Charles Pitzer sonrió duramente.

—Su último nombre conocido es Serge Mikomayan. Ruso. Pero durante los dos últimos años, nuestros agentes en Asia lo tienen clasificado como un espía asalariado a la China Roja.

Brigitte casi se sobresaltó.

—¿Cómo? —exclamó.

—Le aseguro que nuestros agentes no fallan en esa definición de las actividades de Serge Mikomayan: es un asalariado al servicio secreto de la China Roja.

—¿Y qué tiene él que hablar con Ankio Mawaso?

—Sería interesante saberlo. Del mismo modo, sería muy interesante saber qué hace actualmente Serge Mikomayan en Nueva York.

—¿Está en Nueva York este hombre? —Respingó Brigitte. Pitzer asintió con la cabeza.

—Nuestros agentes, que son mucho más desconfiados que los espías del servicio diplomático norteamericano, investigaron a

Ankio Mawaso. Pero, por desgracia, esta fotografía llegó a la Central de la CIA cuando ya el acuerdo había sido firmado entre USA y Ankio Mawaso.

—¿Se teme que Ankio Mawaso esté preparando alguna jugada sucia?

—Todo es posible. Y no podemos desentendernos de esto teniendo en cuenta que Ankio Mawaso ya se entrevistó con Serge Mikomayan en Kokowa. Eso, aparte de que Mikomayan ha sido visto rondando la Legación de Ungasi en Nueva York.

—Me pregunto qué pueden estar tramando…

—No se lo pregunte —gruñó secamente Pitzer—: averígüelo. Ése es su trabajo. Queremos saber qué relaciones hay entre Serge Mikomayan y Ankio Mawaso, qué puede ocurrir con esos veinticinco millones de dólares en bonos del Gobierno USA, y cuáles son las auténticas intenciones y proyectos de Ankio Mawaso.

—¿Nada más que eso? —sonrió irónicamente Brigitte.

—Será suficiente —sonrió también Pitzer.

—Bien… ¿Puedo saber por qué no apresaron a Serge Mikomayan, ya que lo vieron rondando la Legación de Ungasi?

—Se hizo humo.

—Oh… Es listo, ¿eh? ¿Se les escapó delante de las narices?

—Es doloroso reconocer que así fue, Brigitte. Pero sabemos que está en Nueva York. Y probablemente intentará una nueva entrevista con Ankio Mawaso, ya sea en la Legación o en cualquier otro sitio.

—Supongamos que no. Supongamos que mañana mismo Ankio Mawaso decide regresar a Ungasi, con su tratado firmado y sus veinticinco millones de dólares en bonos de nuestro Gobierno. ¿Qué pasaría?

—Cuando llegue ese momento, se hará lo que convenga. Pero mientras Mawaso esté en Nueva York, vigilaremos la Legación estrechamente. Y usted, personalmente, vigilará a Mawaso. Lo conocerá mañana por la noche, en una fiesta diplomática de la cual le hablaré oportunamente por la radio directa. A partir de entonces no deberá perderlo de vista, sea como sea.

—Entiendo —Brigitte miró la fotografía de Mawaso—. Es un hombre muy hermoso, tío Charlie. Sería una pena tener que matarlo, ¿no le parece?

Capítulo II

Realmente, la espía Baby estaba acostumbrada a fiestas como aquélla. Más o menos, todas eran lo mismo, en general. Gente elegante, correctamente vestida, sonrisas que nada significaban, conversaciones pausadas, alguna risa, brillo de joyas, copas de champaña…

Siempre lo mismo.

La fiesta diplomática se celebraba en una embajada, y los invitados eran numerosos. De diversas razas y países, formando una mezcla extrañamente humana… Se podía interpretar como el deseo de un acercamiento de todos hacia todos. Y, sin embargo, todo eran, simplemente, compromisos. Compromisos sociales, políticos, económicos… Compromisos…

Cerca de uno de los ventanales que daban al jardín del palacete de la Quinta Avenida, estaba Ankio Mawaso, con una copa en la mano. Al natural, resultaba aún más interesante que en fotografía. Alto, esbelto, de hombros anchos, cintura delgadísima, manos bellas… El negro color de su rostro destacaba sobre la blanca pechera de su esmoquin. No sonreía tanto como algunos de los demás invitados. Lo hacía con mesura, lentamente, como queriendo dar a entender que su sonrisa era simple cortesía, no un halago forzado, ni una concesión a los pensamientos o frases de sus interlocutores.

No muy lejos de él estaban Agatha Barrows y Kolo Kaduva, sus dos secretarios asignados especialmente para aquella embajada tan importante para su país. Agatha Barrows estaba encantadora, con su vestido de noche azul, un par de joyas, y sus voluminosos ojos azules mirando risueñamente a todos lados. Kolo Kaduva parecía un poco sombrío. No resultaba alegre, como Agatha Barrows, ni tan simpático como Ankio Mawaso. Era más joven que éste, pero parecía mayor, más experto, quizá más desconfiado…

—Baby.

Brigitte volvió la cabeza y se quedó mirando al hombre que había pronunciado su nombre clave en la CIA Un hombre gordito, de cabellos blancos, faz sonrosada. Parecía un bebé grandote, con ojos cargados de malicia. Desde luego, el esmoquin le sentaba mucho peor que a Ankio Mawaso.

—¿Cómo dice, señor? —sonrió la espía—. ¿Es a mí?

El hombre alzó la copa que sostenía en la mano izquierda.

—Es a usted. En el supuesto de que a usted le guste el champaña con guindas.

—Lo detesto, señor.

—¿Aunque el champaña sea Perignon 55?

Brigitte bebió un sorbito de la copa que tenía en la mano, y sonrió deliciosamente, como divertida.

—¿Sabe una cosa? Algo que siempre me ha divertido son las contraseñas.

La nuestra, que menciona el champaña Perignon 55, tiene cierto sentido, al menos. Pero hay algunas contraseñas que provocan la risa… ¿Conoce usted la contraseña de los soldados locos?

—¿Los soldados locos? —sonrió el gordito sonrosado.

—Sí… Había un centinela que era un poco tonto, en cierta guerra, hace años. Una noche, cuando estaba de vigilancia, llegó a su línea de vigilancia un tipo lleno de greñas, desharrapado, fatigadísimo… El centinela le preguntó su nombre. Y el recién llegado dijo: «No seas estúpido». Entonces, el centinela lo mató.

—¿Y…?

—Bueno… La contraseña era, precisamente, «No seas estúpido». Pero el centinela, cuando la oyó, había creído que le decían a él que no fuese estúpido cuando le dieran la contraseña. De manera que mató al recién llegado a sus líneas… ¿Sabe usted quién era?

—No… No conozco la historia.

—Era un comandante de sus propias fuerzas, que había efectuado una infiltración de espionaje en las fuerzas enemigas. Sabía la contraseña que habría aquella noche en sus propias fuerzas, y cuando llegó la dio al soldado tonto. El soldado tonto lo mató porque no quería ser estúpido.

—¿Qué pasó con él? —rió el gordito.

—Le formaron consejo de guerra. Pero al final lo absolvieron

porque comprobaron que, en verdad, el pobre muchacho era tonto. A partir de entonces pusieron en las líneas de vigilancia soldados con cierta inteligencia… y cambiaron las contraseñas.

—Una historia divertida. Pero por suerte para nosotros ni usted es estúpida, ni mi contraseña me obligaba a insultarla… Tengo órdenes de presentarla a Ankio Mawaso.

—¿Con qué objeto?

—No es de mi incumbencia. Mis trabajos para la CIA son muy pequeños, insignificantes. Me dijeron que debía presentarla a Mawaso, y eso es lo que haré. A partir de ese momento no tendremos nada que ver el uno con el otro.

—Magnífico. Perdone mi desconfianza, señor, pero me pareció que su tipo no era el más adecuado para un espía.

—Hay espías de todas clases. No sólo son espías los muchachos guapos, atléticos y arrogantes… Algunos gorditos y feos como yo también sabemos hacer un buen trabajo.

—Sería fastidioso que todos los espías fueran guapísimos… Me encantará conocer a Ankio Mawaso.

El gordito señaló hacia el diplomático negro, y los dos fueron hacia allá.

Ankio Mawaso vio venir a Brigitte, quizá porque, en verdad, no había dejado de mirarla desde hacía un buen rato… Exactamente desde que Brigitte había aparecido en la embajada. Brigitte había notado ya aquella mirada insistente, pero había simulado no enterarse de nada. Además, la expresión de Ankio Mawaso al mirarla había sido más bien fría, distante… Muy sorprendido por aquella belleza femenina, pero en modo alguno aprobativo y admirativo. Daba la impresión de quien contempla una hermosa estrella en el cielo… Una estrella muy bonita, ciertamente, pero por completo fuera de alcance. Por tanto, inútil.

No obstante, Ankio Mawaso, que pareció comprender que Brigitte iba a serle presentada, se las arregló muy bien para quedar solo junto al gran ventanal que daba al jardín.

—Señor Mawaso… Permítame.

El atlético negro de mirada inteligente y bondadosa se volvió hacia el gordito mirándolo cortésmente.

—¿Sí…?

—Quisiera presentarle a la señorita Brigitte Montfort. Es

periodista con sección propia en el Morning News, uno de nuestros más representativos matutinos diarios. La señorita Montfort domina la técnica del reportaje político, entre otros, y opino que sería interesante para ella conversar con usted. Señorita Montfort, le presento al señor Ankio Mawaso, agente diplomático especial de la Federación de Ungasi, de África. Es un hombre muy astuto que últimamente ha obtenido un gran éxito diplomático en nuestros círculos políticos y económicos.

Ankio Mawaso se inclinó secamente.

—A sus pies.

Brigitte le tendió la manita, sonriendo.

—¿Cómo está, señor Mawaso?

Hubo un instante de vacilación en el diplomático negro. Brevísimo, apenas perceptible, antes de tomar la mano de Brigitte e inclinarse sobre ella. Luego se quedaron mirándose, en silencio. Los negros ojos del africano parecían estar ahora completamente desprovistos de aquella bondad que Brigitte había observado en la fotografía. La miraba a ella, fijamente, escrutándola, estudiándola…

—Con permiso —dijo el gordito—. Parece que debo acudir a otro lugar del salón. Nos veremos luego.

Brigitte y Mawaso quedaron frente a frente, solos en medio de la multitud que llenaba el salón de la embajada.

—Quizá tenga usted alguna pregunta que hacerme, señorita Montfort —musitó Mawaso.

—Varias —admitió Brigitte—. Pero no me gustaría que usted se sintiese obligado a contestarlas. En realidad, señor Mawaso, parece que nuestros periódicos han dicho ya todo o casi todo lo que se podía decir respecto a los motivos de su estancia en Estados Unidos. Yo diría que el suyo ha sido un gran triunfo personal.

—¿Personal? No la entiendo…

—Hay rumores de que quizás otro agente diplomático no habría conseguido tanto, señor Mawaso. Un empréstito de cien millones de dólares en bonos del Gobierno de los Estados Unidos no es… cosa fácil.

—Sin duda. Pero debo advertirle que no ha sido un triunfo personal, sino un triunfo de la Federación Ungasi. Un triunfo diplomático, señorita Montfort. Simplemente eso… ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias. Y… perdone, señor Mawaso, pero no entiendo muy

bien eso del triunfo diplomático.

—Quiero decir que lo que consiga Ungasi no habrá sido por medio de méritos personales de sus diplomáticos, sino un… triunfo normal, de vía diplomática.

Brigitte encendió el cigarrillo, aceptando la llama del encendedor de Ankio Mawaso. Luego, se quedó mirando amablemente al diplomático negro.

—Yo diría, señor Mawaso, que sus palabras podrían interpretarse en un sentido… muy impersonal.

—¿Impersonal?

—Da la impresión de que usted no quiere triunfo personal alguno. Tan sólo, a mi juicio, quiere que sea conocido en el mundo el trato diplomático amistoso entre Ungasi y Estados Unidos.

—Así es. Un hombre no significa nada para un país El país que dependa de un solo hombre jamás será nada. Por eso, no quisiera que se considerasen las cosas desde un punto de vista personal, sino desde el punto estricto de la vía diplomática.

—Es decir, que en caso de que usted quedase anulado por cualquier circunstancia, el trato, la amistad entre Ungasi y Estados Unidos, tuviese la misma solidez.

—Justamente —musitó Mawaso—. Tiene usted una gran facilidad de comprensión, señorita Montfort. Yo creo que en las actuales circunstancias diplomáticas del mundo, el factor hombre importa poco. Nada de personalidades. Todo debe resolverse de un modo… impersonal. Aunque esos triunfos más o menos importantes sean conseguidos por un hombre.

—Es decir, que el mundo debería comprender que aunque usted no hubiese intervenido en esto, Federación Ungasi habría conseguido igualmente la alianza con Estados Unidos. Con lo cual quedaría demostrada la… importancia de Ungasi por medio de la vía diplomática internacional.

Ankio Mawaso asintió enérgicamente con la cabeza.

—Espléndido, señorita Montfort. He ahí la clave de la paz, del éxito mundial de las personas honradas del mundo de la política: nada de triunfos personales, más o menos encubiertos. Todo, a la luz del sol, a la vista de todos… Todo, por vía diplomática.

—Eso quiere decir que si Estados Unidos le hubiese propuesto a usted, como enviado especial de Ungasi, un acuerdo privado,

secreto, usted no habría aceptado.

—Desde luego que no. Mi país ha tenido la gran fortuna de ser un magnífico depósito-esponja de petróleo mundial. Eso significa dinero, prosperidad, elevación del nivel de vida, más cultura y bienestar… ¿Por qué tendríamos que ocultar eso? Hay que decirlo. Hemos ofrecido nuestro petróleo a diversos… compradores. Y nos hemos quedado con el más generoso de los compradores: Estados unidos de América. Creo que el mundo tiene derecho a saber ambas cosas. Una, que en Ungasi hay miles de millones de dólares en petróleo. Dos, que Estados Unidos, por vía diplomática, adquiere la explotación de esos depósitos petrolíferos a cambio de ayuda económica, política, profesional y científica a Federación Ungasi.

—Un gran triunfo para Ungasi —aprobó Brigitte—. Dentro de muy poco tiempo, señor Mawaso, su país será muy rico… Podrán devolver muy pronto el préstamo de cien millones de dólares, y a continuación dedicarse de lleno a una vertiginosa elevación del país… ¿Cuáles son sus proyectos al respecto?

—¿Respecto a la elevación de Ungasi?

—Sí, sí, desde luego.

—Pues… Bueno, hay diez millones de habitantes en Ungasi. De ellos, solamente diez mil personas saben leer y escribir. Una de mis más gratas esperanzas consiste en conseguir que ese número sea diez veces mayor antes de seis meses. En un año, espero que haya un millón de ungasianos capaces de leer y escribir. En tres años, sólo los niños de edad inferior a los ocho años serán analfabetos…, de un modo lógico, naturalmente, ya que la enseñanza a esa edad será todavía algo lenta. Aparte, espero fundar cincuenta hospitales gratuitos en todo el país. Reservas de vida animal. Centros de enseñanza profesional, especialmente, la referida a explotaciones petrolíferas. Se promocionarán estudios superiores entre nuestros más aventajados estudiantes; médicos y arquitectos, ingenieros, técnicos electrónicos, maestros de elevada categoría, políticos, científicos, abogados, doctores en economía política… Todo esto, desde luego, requerirá mucho tiempo. Veinte años… Quizá treinta. Pero eso no importa.

—¿No importa? —musitó Brigitte.

—No demasiado… ¿Alguna vez ha pintado un cuadro, señorita Montfort?

—Pues no…

—Yo he pintado algunos. La sensación de creación es algo maravilloso, aparte de cualquier otro resultado o consecuencia del trabajo del artista. No importa el tiempo, cuando se tiene la seguridad de que se está pintando, consiguiendo, una obra maestra. Tarde o temprano, esa obra maestra quedará terminada. ¿Qué importa que para entonces el artista tenga cuarenta o sesenta años? A fin de cuentas, todos los artistas tienen una o dos obras de arte. Lo demás es sólo trabajo. El pintor que esté consiguiendo esa obra de arte puede pintar, entremedio, mil cuadros. Todos ellos serán buenos, de magnífica calidad técnica, pero estarán carentes de ese soplo especial de la inspiración de la auténtica obra de arte única del artista.

—Entiendo… ¿Su obra de arte es todo eso que me ha dicho? O sea, las escuelas, los científicos, abogados, médicos…

—Eso espero.

—Sería una bella obra de arte —musitó Brigitte.

—¿La aprueba?

Brigitte miró asombrada al diplomático negro.

—¡Naturalmente! —exclamó—. ¿Esperaba quizás otra cosa, señor Mawaso?

—Temí que le pareciese el sueño de un loco.

La espía quedó estupefacta.

—¿Por qué motivo? —protestó.

—Bueno… Hay que tener en cuenta que Ungasi es una nación de personas negras, en su noventa y cinco por ciento.

—¿Y qué?

Mawaso parpadeó, como desconcertado.

—Parece una opinión muy extendida que todos mis sueños no son del todo apropiados para un país negro.

—Es una broma simpática —sonrió Brigitte—. ¿Cree que yo soy más inteligente que usted, sólo por ser blanca y usted negro?

—¿Usted no lo cree?

—Pues no sé cuál de los dos pueda ser más inteligente —rió la espía—. Pero, sea cual sea de los dos, me parece que no será por el color de nuestra cabeza, sino por lo que haya dentro de esa cabeza.

Ankio Mawaso volvió a parpadear. De pronto, sonrió, mostrando sus blanquísimos dientes. Pareció cómo si un inesperado viento se

hubiera llevado bruscamente su reserva, su frialdad.

—¿Cree usted, entonces, que los negros son iguales que los blancos? —musitó.

—No sé… En general, creo que el hombre blanco es más inteligente, fijando un tipo medio. Pero muchas veces me he preguntado si es más inteligente por ser blanco, o por su medio ambiente y por sus posibilidades.

—De donde se desprende que el hombre negro, colocado en igualdad de condiciones que el hombre blanco, podría conseguir sus mismos éxitos en todos los campos… ¿Es así?

—¿Por qué no? Sólo falta, señor Mawaso, que el hombre negro lo demuestre. Quizá la Federación Ungasi pueda dar un buen paso en ese sentido.

—Emmm… Veo que su copa está vacía, señorita Montfort… Sería muy grato para mí traerle otra copa… y continuar conversando. A menos que todo lo que me está diciendo sea sólo una actitud… cortés.

—Mi cortesía es muy limitada, señor Mawaso. Naturalmente, como periodista, suelo ser hipócrita en ocasiones… Pero no veo la necesidad ni el beneficio en serlo en esta ocasión.

El diplomático negro se quedó mirándola fijamente. Sin duda, sus pensamientos eran muy interesantes, pero la astuta espía internacional no pudo adivinarlos, por más que se esforzó.

—Creo que es usted sincera —musitó Mawaso—. Y muy hermosa, señorita Montfort.

—Celebro que por fin lo admita —sonrió ella.

—Temo que estoy un poco desconcertado… En general, me pongo en guardia cada vez que un periodista se acerca a mí, pero con usted considero innecesario mantener esa actitud.

—Eso es muy amable de su parte.

Mawaso sonrió levemente. Señaló un par de silloncitos, y acompañó a Brigitte hasta allí. Esperó a que se sentase, y tras solicitar su permiso fue a buscar dos copas de champaña.

Trabajo innecesario, por supuesto, ya que algunos camareros habrían acudido con sólo una ligera seña. Por eso, Brigitte prestó gran atención al recorrido de Ankio Mawaso… Así, supo que había cambiado unas palabras con Kolo Kaduva, al pasar junto a él. Luego, Kolo Kaduva fue hacia Agatha Barrows, su compañera de

secretariado cerca de Ankio Mawaso. Brigitte desvió la mirada rápidamente…, a pesar de lo cual supo que la rubia ungasiana había mirado hacia ella tras escuchar las primeras palabras de Kolo Kaduva.

Mawaso regresó pronto junto a ella, y le ofreció una copa de champaña, que Brigitte aceptó con una sonrisa.

—Se ha molestado sin necesidad, señor Mawaso —musitó—. Un camarero podría habernos traído estas copas.

—Sí… Es cierto. Pero yo no habría tenido oportunidad de avisar a mis compañeros de embajada sobre usted.

—No entiendo —mintió Brigitte.

—Si usted lo permite, haré una seña a mis compañeros, y ellos vendrán. Será un placer para mí presentarles una persona como usted.

—Oh… Bueno, en verdad está siendo usted muy amable, señor Mawaso… Naturalmente que permito esa presentación. Mawaso se volvió, y, simplemente, miró a Kaduva y a Agatha Barrows.

Los dos se acercaron inmediatamente y quedaron ante ella, mirándola con fijeza. Y la bien entrenada espía descubrió una indiscutible animosidad en los negros ojos de Kolo Kaduva.

—La señorita Barrows y el señor Kaduva —presentó Mawaso—. Compañeros de embajada especial. Ella es la señorita Brigitte Montfort, periodista americana.

Brigitte inclinó la cabeza en dirección a la rubia, y tendió la mano a Kolo Kaduva.

—Encantada. Y me resulta muy interesante conocer a los tres personajes políticos del momento en Nueva York.

—El personaje político es el señor Mawaso —murmuró Kaduva —. La señorita Barrows y yo somos sus secretarios, tan sólo.

—Ah… Bien, como el señor Mawaso los ha presentado como sus compañeros, a secas…

—El señor Mawaso es siempre excesivamente considerado con todo el mundo.

—Nada de eso —sonrió Mawaso—. No te pongas arisco, Kolo. El trabajo lo hemos hecho los tres. Y me gustaría que la señorita Montfort lo mencionase así en su periódico.

—Lo haré con mucho gusto —aceptó Brigitte—. Es posible que esta misma noche escriba un borrador de su misión diplomática,

señor Mawaso… Pero me gustaría hacerlo de un modo profundo, mejor informada que los demás periodistas. Y, sin embargo, no me atrevo a pedirles a ustedes que sean más explícitos conmigo que con mis compañeros de profesión. No me parece ético.

—Nosotros hemos contestado todas las preguntas que nos han hecho —sonrió Ankio Mawaso—. Nadie tendrá derecho a censurarnos nada si las preguntas de usted son más… profundas. Puede preguntar lo que quiera.

—Pero no ahora —rió la espía—. Mis ideas están más claras a la hora del almuerzo, y creo que entonces sería más fructífera una conversación.

Se quedó mirando a Ankio Mawaso, segura de que éste captaría la verdadera intención de sus palabras. Y una invitación del diplomático ungasiano a almorzar favorecería los planes de la espía Baby, que tenía la orden de no perderlo de vista.

—Con gusto la invitaría mañana mismo, señorita Montfort. Pero temo que no va a ser posible.

—Oh, bien… Comprendo que usted tendrá sus compromisos, señor Mawaso. De todos modos, si mañana no puede ser, quizá…

—Nos vamos mañana. Regresamos a Ungasi.

—Ah…

—Lo que teníamos que hacer, ya está hecho —intervino Kaduva—. Nada más podemos hacer ya aquí, y siempre hay mucho trabajo en Ungasi.

—Lo comprendo, señor Kaduva, naturalmente.

—Sería conveniente que usted formulase sus preguntas ahora, ya que nosotros deberemos retirarnos temprano. Nuestro avión sale a las ocho de la mañana, y si perdemos ese vuelo llegaríamos a Kakowa a las doce de la noche.

—Siempre es mejor ser recibidos de día —sonrió Brigitte—. Imagino que les harán un recibimiento muy… caluroso.

—Así lo esperamos.

—Bien —Ankio Mawaso consultó su reloj—. Podremos quedarnos aquí todavía una hora más, señorita Montfort. Le sugiero que aprovechemos el tiempo… ¿Cuál es su primera pregunta?

* * *

Una hora y cinco minutos más tarde, la espía de la CIA estaba sola en el jardín del palacete donde todavía duraba la fiesta diplomática. Sacó la radio del bolsito, y, tras asegurarse de que nadie la veía, la accionó. Tras ella se veían los grandes ventanales iluminados, y la música escapaba hacia el jardín…

—¿Hola?

—Tío Charlie, ellos se van mañana. A las ocho.

—¿Mawaso y sus secretarios? —Casi gritó Pitzer.

—Sí. Busqué el modo de que Mawaso me invitara a almorzar, pero ya que no pude conseguirlo, me sirvió para enterarme de que tomarán el avión a las ocho de la mañana. Y, naturalmente, en su valija diplomática llevarán el acuerdo y los veinticinco millones de dólares en bonos del Gobierno USA. ¿Se sabe algo de Serge Mikomayan?

—Nada.

—¿No se ha acercado a la Legación de Ungasi?

—Somos cuatro hombres vigilando aquí, Baby. No se ha acercado.

Tampoco tengo noticias de que Mikomayan haya estado rondando esa embajada donde usted está de fiesta. Ni rastro de él. ¿Dónde están en estos momentos los ungasianos?

—Camino de su Legación, en un coche negro.

—Entonces, los están siguiendo nuestros compañeros. Quizás el contacto con Serge Mikomayan se produzca durante el trayecto hasta la Legación… ¿Ha averiguado algo, Baby?

—Sí: que Ankio Mawaso es una excelente persona.

—¿Una de sus… corazonadas?

—Más o menos. Me gusta Mawaso. En cambio, me disgusta bastante su joven secretario, el señor Kolo Kaduva.

—Ah… Interesante informe. ¿Qué me dice de la señorita Barrows?

—Es amable, risueña e inteligente. Y tiene unas manos… especiales.

—¿Especiales? ¿En qué sentido?

—Muy… muy petrificados los bordes. La apariencia es muy suave, pero yo diría que Agatha Barrows es una practicante de karate…

—Bueno…, ¿tiene eso importancia? Agatha Barrows debe de

haber considerado la conveniencia de aprender un método eficaz de defensa personal en un país joven, donde puede encontrarse en situaciones más bien desagradables. De todos modos, no es la única mujer que se siente interesada por métodos de defensa personal.

—Pero yo soy una espía, tío Charlie, ¿no es así? —rió Baby.

—¿Y cree que ella también puede serlo? ¿Sólo porque a usted le ha parecido que es practicante de karate? Si eso es todo lo que motiva su desconfianza hacia Agatha Barrows, creo que tendremos que borrarla de la lista negra. En cambio, Kolo Kaduva… ¿Qué impresión le ha producido a usted?

—Yo diría que desconfía de algo. Está… asustado. Y al mismo tiempo dispuesto al más feroz y fulminante ataque. Es una tontería, pero me ha producido la impresión de un león herido, que está vacilando entre continuar escondiéndose o pasar al más despiadado contraataque.

—Ya entiendo… Extraño, ¿verdad?

—Un poco. En resumen: el más normal y afable me ha parecido Ankio Mawaso. Pero, dada su gran inteligencia, su firmeza de carácter y algunas cualidades más, podríamos pensar que, en definitiva, podría llegar a ser el más peligroso. De todos modos, no me ha parecido que haya nada especial en su misión diplomática. Está contento, y eso es todo.

—No sé… Vamos a esperar la llamada de nuestros compañeros que lo siguen. Mientras tanto, llamaré yo a Simón, para que llame a Washington desde la floristería y pida instrucciones concretas sobre el viaje de los ungasianos a su país. Algo habrá que hacer… La llamaré dentro de media hora, aproximadamente, y entonces sabremos qué es lo más conveniente. Esté atenta.

* * *

Media hora más tarde, Brigitte volvió a salir al jardín. Y casi enseguida sonó la llamada en su radio.

—Adelante, tío Charlie.

—Venga para la Legación de Ungasi inmediatamente. Tiene usted un trabajo especial, Baby.

Capítulo III

La espía entró en la parte trasera del coche y se sentó junto a Pitzer, sonriendo al agente secreto que había al volante.

—¿Cuál es ese trabajo especial? —se interesó enseguida.

—Recuperar el dinero y los documentos.

—¿Recuperar…? ¿Recuperar los bonos y el acuerdo firmado? Oh, vamos, tío Charlie, debo de haber entendido mal…

—Ha entendido perfectamente. Son órdenes de la Central. No podemos arriesgarnos.

—Arriesgarnos… ¿a qué? —exclamó Brigitte.

—No sabemos qué clase de amistad o convenio hay entre Ankio Mawaso y Serge Mikomayan. Y teniendo en cuenta que Mikomayan es un espía de la China Roja, no permitiremos que lleven a cabo algún plan diabólico con esos documentos, y, especialmente, con veinticinco millones de dólares en bonos del Gobierno de los Estados Unidos. De manera que si los ungasianos quieren regresar a su país, que lo hagan. Pero no lo harán llevándose esos bonos, a menos que nosotros, antes de las ocho de la mañana, estemos mejor enterados de todo esto.

—Bien… En realidad, es una medida de seguridad que hay que admitir como… lógica. Pero yo creo que el mejor camino para saber a qué atenernos, sería preguntarle a Ankio Mawaso que tiene él que ver con un espía como Serge Mikomayan.

—Usted tiene mucha confianza en ese africano —masculló Pitzer —. A veces, Brigitte, dudo que sea tan gran espía como nos ha demostrado en tantas ocasiones. ¿Cree que porque Mawaso parezca honrado y leal, ha de serlo en realidad?

—No —musitó Brigitte—. Desde luego que no, tío Charlie. Pero no sé… ¡Todo esto es tan tonto…!

—¿Tonto? ¿Le parece tonto el asunto? Escuche bien esto, agente Baby: si esos veinticinco millones de dólares estuviesen en billetes

corrientes, no haríamos nada. Sólo son billetes. Cualquiera puede tenerlos. Pero esos bonos podrían indicar, si aparecían en determinado lugar, una complicidad entre Estados Unidos y cualquier hecho… poco agradable.

—Lo sé, lo sé… Y no hay por qué dejar que nadie comprometa a Estados Unidos… Iré a por esos bonos. ¿Tenemos completamente rodeada la Legación?

—Completamente. Nadie puede entrar ni salir sin ser visto. Como es natural, tenemos un plano del edificio… ¿Quiere verlo?

—Claro.

Pitzer desdobló el plano, y Brigitte lo iluminó con su diminuta linterna camuflada en su estilográfica.

—Hay tres pisos —explicó Pitzer—. La distribución de las habitaciones es idéntica en todos ellos. En el último, están los archivos y material de diversas clases. En el segundo, está alojado el personal fijo de la Legación; son solamente tres hombres y una mujer. La mujer y uno de esos tres hombres están ahora en Washington. Los otros dos hombres salieron esta noche, y todavía no han regresado. Ahora, en el primer piso, están solamente Mawaso, Kaduva y *miss* Barrows. Ese primer piso es, precisamente, el destinado a recibir las visitas importantes, por eso se alojan en el segundo los diplomáticos permanentes en Nueva York. En la planta baja están los despachos, recepción y sala de descanso y recreo.

Hay un despacho, más grande que los otros, que suponemos es el que contiene la caja fuerte, y, con toda seguridad, es el que le ha sido asignado a Ankio Mawaso durante su estancia en Nueva York… La caja es una Konkaid, modelo ZH-64, y está escondida tras un cuadro de un pintor ungasiano, representando un escenario de la selva de allá. ¿Conoce ese modelo de caja fuerte?

Brigitte se acarició pensativamente la frente.

—No sé… No recuerdo…

—Estoy seguro de que tuvo que verlo durante su última estancia de puesta al día en la Academia Central. ¿Acaso no fue instruida acerca del funcionamiento de esa caja?

—Trabajé en todas. Pero había varias… Konkaid ZH-64… Sí, creo que estaba.

—¡Lo cree! —bufó Pitzer—. ¡Tiene que estar segura, porque no tenemos tiempo de llamar a un agente a Washington, a la Central!

Usted es la más capacitada en Nueva York para estas cosas… ¡Y tendrá que hacerlo, Brigitte!

—¿Y Simón IV? ¿Por qué no entra él?

—Tuve que enviarlo anteayer a Canadá. Oh, vamos, Brigitte, ¡no puede fallar ahora!

—Haré lo posible. Veamos más atentamente este plano…

Estuvo examinándolo, en silencio, durante más de cinco minutos, reteniendo en su memoria todos los detalles de la distribución del edificio. Por fin, lo devolvió a Pitzer, siempre en silencio. Abrió su bolsito, se aseguró del buen funcionamiento de su pistolita y de la radio, así como del encendedor con microcámara…

—Si tardo más de una hora —musitó de pronto—, es que algo no estará funcionando de acuerdo a mis deseos, tío Charlie.

Iba a salir del coche, pero Pitzer la retuvo de un brazo.

—Tenga cuidado —murmuró—. Quizá no sea todo tan trágico como estamos creyendo… Y no abundan los agentes como usted.

—La gallina de los huevos de oro —sonrió Brigitte—. Iré con cuidado, por la cuenta que me tiene. Hasta luego.

—Buena suerte, Baby —dijo el espía que estaba al volante.

—Gracias, amor.

Salió del coche y se acercó a la quinta, situada en la Cuarta Avenida. Estaba rodeada de una alta verja de hierro, con agudas puntas de lanza en el borde superior.

Pero eso era lo que menos preocupaba a la agente Baby. Había saltado ya muchísimas verjas como aquélla, sin recibir ni un rasguño. El peligro estaba precisamente al otro lado de las verjas. Entrar le iba a ser muy fácil…

En efecto. Apenas dos minutos más tarde, y tras subirse la larga falda de su vestido de noche hasta las ingles, escalaba la verja con toda facilidad y saltaba al otro lado, sobre el mullido césped del jardín. Se deslizó rápidamente hasta un grueso abeto, se bajó la falda y se quedó mirando la quinta, en la cual no se veía ni una sola luz, a excepción de la que marcaba el emplazamiento de la bandera y el escudo de Federación Ungasi. Teniendo en cuenta que toda Embajada está considerada como territorio perteneciente al país que representa, era fácil comprender que ella, la agente Baby de la CIA, acababa de invadir, armada y subrepticiamente, un país extranjero. Lo cual no sería agradable de afrontar si la apresaban

allí dentro.

Pero ése es un riesgo que los espías corren bastante a menudo. Y, desde luego, no siempre tienen la frontera de su propio país al otro lado de unas cercanas verjas…

Se acercó a la casa, la fue rodeando, y por fin encontró la ventana qué le convenía. Se quitó un zapato, arrancó el tacón y estiró de dentro un juego de tres ganzúas… La segunda pudo abrir el mecanismo de la ventana, tras un par de minutos de insistir. Empujó el ventanal un par de pulgadas. Luego, volvió a ponerse el zapato, se alzó de nuevo la falda y pasó sobre el alféizar, cayendo al otro lado. El ruido de los tacones de sus zapatos la sobresaltó. Optó por quitárselos, y caminó llevándolos colgados de un dedito, orientándose rápidamente…

Estaba en la sala de recreo de la Legación. Sólo tenía que salir por ella al amplísimo pasillo, recorrerlo unas yardas, y se encontraría en el gran vestíbulo. A la derecha, es decir, al fondo entrando por la puerta de la Legación, estaba la recepción, o sea una oficina al descubierto que no debía de estar precisamente cargada de trabajo, ya que sólo la atendía un ungasiano, durante el día. Luego, seguían tres despachos… El segundo era el más grande, el que a ella le interesaba. Para llegar allá tenía que cruzar todo el vestíbulo, hacia el otro lado del gran pasillo… Lo cruzó deprisa, apenas sonando sus descalzos pies sobre el frío mosaico.

Segundos después, estaba ante la puerta del despacho. Asió el pomo, lo hizo girar… Inútil. La puerta estaba cerrada con llave. Arrancó de nuevo el tacón de su zapato y sacó las ganzúas… Fue casi tan fácil como abrir la ventana. En menos de un minuto, y habiendo producido apenas ruido con las ganzúas, dejaba abierta la puerta. Guardó las ganzúas otra vez, y entró, muy despacio. Dejó los zapatos en el suelo, a un lado de la puerta. Luego sacó la linterna camuflada en la pluma, y lanzó la delgada línea de luz hacia el frente.

Una gran mesa. Detrás, un ventanal, oculto entonces por gruesas cortinas… Sillones, un par de sofás, alfombras, cuadros…

Cuadros.

La luz se detuvo por fin, detrás del gran cuadro que, sin duda de ninguna clase, representaba un escenario típicamente africano… Aquél debía de ser el cuadro tras el cual estaba la caja fuerte.

Brigitte se acercó, dirigiendo siempre la luz hacia el cuadro, por delante de ella, de tal modo que también iluminaba el camino que debía recorrer.

Por fin, quedó ante el cuadro. Estuvo mirándolo unos segundos, buscando el lugar por donde se abría. Lógicamente, tenía que abrirse hacia un lado, igual que la cubierta de un libro. Pasó los dedos por un borde, tanteando suavemente. Cualquier mecanismo de aquella clase tenía que funcionar con suavidad, sin violencia de ninguna clase. Era igual que querer abrir con un martillo una gran puerta… Siempre resultaba mucho más efectiva una fina ganzúa que un martillo, por grueso que éste fuera…

El cuadro cedió hacia ella cuando pasó los deditos por el borde vertical izquierdo. Es decir, que se abría al revés que un libro… Pero se abría.

Tiró del todo hacia ella, y se quedó mirando la compuerta de la caja fuerte…

Atónita. Absolutamente atónita, porque la caja fuerte estaba ya abierta. Todavía no se había recuperado de la sorpresa cuando oyó el leve ruido tras ella. Un ruido suavísimo, apenas audible, pero fácil de captar por sus atentos oídos, sobre todo teniendo en cuenta el silencio del despacho…

Quiso volverse, pensando en la conveniencia de sacar su pistola… Y entonces, una mano grande, fuerte, cayó sobre su boca. La espía de la CIA dejó caer la linterna, dispuesta a utilizar sus dos manos en la defensa de su vida. Sólo necesitaba un par de segundos para asir aquella otra mano… A partir de entonces, si conseguía aferrar la muñeca de quien estaba tras ella, las cosas podían dar un gran cambio de situación…

Sólo que no le dieron tiempo.

Recibió un espantoso puñetazo en los riñones antes de haber conseguido su propósito. El dolor fue tan grande, tan profundo, que la agente Baby perdió por completo el resuello. Fue como si todo el aire del mundo hubiera desaparecido de pronto; como si todo su cuerpo quedase bruscamente petrificado; como si el corazón dejase de latir… Un nuevo puñetazo, en el mismo sitio, anuló por completo sus energías físicas…

Tras ella oyó el jadeo de la persona que le estaba sujetando con una mano mientras con la otra le golpeaba en la espalda. Pero

estaba fuera de combate, siquiera fuese por unos segundos… Sabía que si le daban cinco segundos de respiro, podría hacer frente a la situación.

Y no se los dieron.

Un tercer puñetazo, siempre en el mismo sitio, habría dado con ella en el suelo si no hubiera permanecido sujeta por aquella mano que tapaba su boca. Sus piernas se doblaban, y entre la asfixia que le producía aquella gran mano en su boca y nariz y los tres golpes recibidos, estaba al borde del desvanecimiento… Supo que se había relajado, que la tenían dominada en aquellos pocos segundos… Un tirón rudo en su boca la atrajo hacia atrás… Oyó el rumor de sus talones arrastrándose por el suelo… La estaban arrastrando, alejando de la caja fuerte… La arrastraban como si no pesase nada… Tras ella, la fuerza muscular de su desconocido atacante era evidente, indiscutible…

La pusieron en pie de pronto, de un tirón. Y siempre como si adivinasen sus pensamientos, como si supieran que estaba recuperando fuerzas para pasar al ataque, la golpearon ahora en la nuca… Un golpe fuerte y seco, que la tiró hacia delante, de bruces al suelo… Su delicado rostro golpeó duramente contra el mosaico, y su cabeza se llenó de zumbidos… Mejor dicho: de un solo zumbido, largo, persistente, que parecía obligar a su cabeza a girar por entre un millón de lucecitas azules, como estrellas en una noche de verano…

Estaba todavía aturdida, notando en su mejilla el frío del mosaico, cuando oyó el timbre… Un timbre… ¿Un timbre? Era un timbrazo largo, insistente, agudo, casi doloroso, que parecía que no fuese a terminar jamás…

Una alarma.

Se puso de rodillas y sacudió la cabeza. El timbre continuaba sonando, con la misma fuerza insistente, monótono… Se puso en pie y quedó tambaleante… Lejos de ella, bajo el cuadro de la selva ungasiana, veía su linterna, lanzando la delgada raya de luz hacia la pared. Afuera, en la escalera, oía pisadas precipitadas… Como más lejos, unas voces excitadas…

—¡En el despacho! —Oyó.

Corrió hacia el ventanal, tropezando con todos los muebles que iban saliendo a su paso. Le dolían los riñones y la cabeza, pero

empezaba a pensar con cierta lucidez… La linterna… Su bolso… Recogió ambas cosas, precipitadamente, casi cayendo nuevamente de bruces, Fuera del despacho, ahora en el vestíbulo, se oían pisadas veloces… Alguien golpeó la puerta del despacho.

Miró hacia el cuadro, aturdida. La caja fuerte continuaba abierta…

¿Qué había pasado? ¿Qué estaba pasando allí?

Corrió las cortinas del ventanal y vio afuera la negrura de la noche. Abrió una de las cristaleras, pasó una pierna, otra… Un corto salto la llevó al jardín… Tras ella oía la puerta del despacho, abriéndose.

Estaba incorporándose cuando alguien dio la luz del despacho. La brusca iluminación fue como un impacto directo para los reflejos de la espía de lujo de la CIA Quiso continuar corriendo, llegar a las verjas, saltarlas… Tenía que hacerlo, desaparecer de allí… Tiempo habría de buscar una explicación a lo sucedido en aquel despacho…

Todavía no estaba del todo incorporada cuando vio una sombra blanca ante ella… Una mancha blanca, alargada, que se movía…

Lanzó un chillido de dolor cuando recibió el golpe en un hombro, sobre la base del cuello. Un golpe que pareció a punto de partirla en dos, como si aquella mano fuese un hacha capaz de seccionarla, de dividirla en dos mitades verticales…

Un dolor tan intenso, tan paralizante, que cayó de rodillas, se olvidó de su bolso, de la linterna, de la pistola que tenía en el bolso…

Alzó la mirada a tiempo para ver venir el otro golpe. Se echó hacia atrás, y aquella fuerte mano que habría roto su nariz como si fuese una galleta, pasó silbando por delante de sus ojos. Un silbido seco, un chasquido siniestro.

De nuevo se puso de rodillas.

Vio ante sus ojos los finos tobillos blancos, el pijama corto… Alzó la mano izquierda, instintivamente, sabiendo perfectamente el golpe que tenía que seguir a los anteriores. Y tuvo la dolorosa sensación de que su antebrazo iba a partirse en dos bajo el terrible impacto, el mortal golpe de karate que había sido dirigido a su sien. Golpeó con la derecha, utilizando también el karate, pero el golpe se perdió en el vacío… Quiso ponerse en pie, y entonces recibió el más tremendo golpe de todos, en la espalda, casi tocando la nuca…

Fue como un mazazo aniquilador, como el pisotón de un gigantesco elefante.

Tuvo ante sus ojos, fugazmente, la visión de un millón de luces. Luego, una negrura mucho más espesa y terrible que la de la noche neoyorquina.

La espía había caído.

Capítulo IV

Primero vio como un millón de luces que giraban vertiginosamente. Luego, aquel millón de luces parecieron ir juntándose, formando una sola… Una sola luz cegadora, brillante, intensa… Tan intensa que sus ojos volvieron a cerrarse, doloridos. En la espalda, a la altura de la nuca, un intenso dolor comenzó a dejarse sentir, como si tuviese allá un enorme peso que estuviera oprimiéndola salvajemente.

Volvió a abrir los ojos, ahora más despacio. Vio los mosaicos. Movió un poco la cabeza. Una pared, un cuadro, el techo, la luz, un sillón… Todo parecía ir girando, pero cada vez más lentamente. Luego, vio unos pies blancos, pequeños, cerca de su rostro. Algo más allá, un par de pies grandes, negros, calzados por pantuflas rojas… Encima de los pies, una mano… En la mano, una imponente pistola.

Encima de la pistola, el rostro de Ankio Mawaso. Ya no mostraba amabilidad, ni bondad, ni aquella simpática sonrisa negra blanqueada por los sanos dientes perfectos. Por encima de la pistola había ahora una mueca fría, dura en su inexpresividad.

—Tranquilícese —dijo la voz de Ankio Mawaso—. Tal como están las cosas, no hay que precipitarse, ni ponerse nerviosos. Podemos discutir la situación con toda calma, señorita Montfort. Ayúdala, Kolo.

Fue asida de un brazo y sentada en uno de los sillones. Entonces vio con toda claridad a Kolo Kaduva. Estaba en pijama. Un pijama de color verde oscuro. También estaba allí Agatha Barrows, igualmente en pijama. Un pijama de color rosa pálido, casi blanco, cuyos pantalones llegaban poco más abajo de las bonitas rodillas. Las manos de la rubia ungasiana colgaban flojamente a sus costados. Unas manos casi pequeñas, pero duras, indudablemente. Ahora ya no cabían cábalas respecto a sus conocimientos de karate.

Unos conocimientos que podían haber acabado con la vida de la espía Baby si ésta no se hubiera protegido instintivamente de los golpes mortales. La certidumbre de que había sido aquella muchacha la que la había vencido en el jardín, la dejó bastante sombría. Claro que ella estaba en inferioridad de condiciones, por los golpes recibidos anteriormente, su postura arrodillada…

Delante de ella, sentado en uno de los sillones, estaba Ankio Mawaso, con una pistola en la mano. Llevaba un pijama rojo y negro, a rayas delgadas. Resultaba magníficamente atractivo.

—¿Quizá quiera beber algo, señorita Montfort?

—No… Estoy bien, creo…

—Mejor. Espero que se dé cuenta exacta de su situación.

—¿Cuál… situación…?

—Está usted en territorio ungasiano, en el cual ha sido sorprendida mientras intentaba huir. Hemos encontrado su bolso, en el que hay una pistola, una radio de bolsillo, un encendedor con cámara para microfotos… Esto es, simplemente, espionaje. A menos que pueda sernos de gran utilidad, temo que va a ser condenada a muerte.

Brigitte se iba recuperando rápidamente.

—No estamos en guerra, señor Mawaso.

—Ciertamente que no. Pero usted está aquí, y nadie lo sabe. Sólo tenemos que matarla, y nadie se enterará de eso.

—Mis amigos se enterarán.

—¿Sí? —sonrió fríamente el diplomático negro—. ¿Qué amigos? Me regunto si alguien querrá aceptar el hecho de que usted vino aquí con su ayuda bajo su beneplácito. Tengo la más firme convicción de que nadie en los Estados Unidos admitirá saber nada de su incursión en la Legación de Federación Ungasi… Conozco poco del espionaje, pero creo que nadie querrá saber nada de usted. Por poco que lo piense, comprenderá que está sola.

—Ankio, oblígala a decir quién la ayudó, y dónde podemos recuperar los bonos y el tratado con Estados Unidos.

Brigitte miró a Kolo Kaduva, que estaba muy cerca de ella, como dispuesto a agredirla de un momento a otro. Agatha Barrows estaba también muy cerca. Se había sentado, y miraba a la agente de la CIA con una frialdad despectiva y casi cruel.

—Ya ha oído a Kolo, señorita Montfort. ¿Quién vino aquí con

usted y se llevó los bonos de USA y el tratado de ayuda y co-explotación petrolífera?

—He venido sola.

—No tenemos ganas de discutir. Hay un avión que sale hacia Kokowa a las ocho de la mañana. Díganos dónde conseguir o recuperar esos bonos y demás documentos, y todo acabará bien… No veo la necesidad de matar a nadie, ni siquiera de ser violentos. ¿Dónde están los bonos?

—No lo sé.

—Hasta la salida del avión, tenemos tiempo para convencerla. Lo malo de los países africanos, señorita Montfort, es que tenemos unos estremecedores dones de crueldad… Sería lamentable tener que demostrárselo.

—No sé nada de esos bonos.

Agatha Barrows se había colocado junto a ella, tras levantarse en cuanto Mawaso empezó a hablar. Y cuando Brigitte negó el conocimiento del paradero de los bonos, la golpeó en un hombro, por detrás, sobre la clavícula. Sus pequeñas manos, tan bonitas y de dulce apariencia, tenían al golpear la dureza del acero, y la espía internacional se encogió, gimiendo, con la impresión de que, otra vez, su cuerpo se iba a partir en dos… Otro golpe, ahora en plena espalda, la tiró de bruces sobre la alfombra, sin aliento, agarrotada, petrificada.

—Agatha tiene unos grandes conocimientos de karate, señorita Montfort —informó innecesariamente Mawaso—. Hasta el punto de que, para matar a alguien, no necesita arma alguna. Yo quisiera para usted una suerte mejor que morir a golpes. ¿Los bonos? ¿El tratado? Díganos quién la ayudó y dónde podemos encontrar a esa persona o personas, para recuperar esos documentos y créditos americanos. ¿Sí o no?

Brigitte sacudió negativamente la cabeza. No para negarse a decir dónde estaban los bonos, circunstancia que ella desconocía realmente, sino para indicar precisamente esa circunstancia de desconocimiento. Pero fue mal interpretada. Kolo Kaduva la puso en pie de un tirón, la dejó delante de la bonita rubia ungasiana, y ésta volvió a golpearla, ahora Sobre el seno izquierdo, siempre con el canto de la mano. Un golpe seco, brutal.

Brigitte Baby Montfort, todavía en inferioridad de condiciones,

no pudo siquiera intentar esquivar el golpe. Palideció al recibirlo, quedó un par de segundos en pie, con la boca abierta, los ojos en blanco…, y de pronto sus piernas se doblaron y rodó nuevamente por el suelo, con la impresión lacerante de tener una gruesa lanza atravesando todo su cuerpo, su corazón…

* * *

—Sólo ha pasado un cuarto de hora, señorita Montfort. Le aseguro que lamento tener que recurrir a esto, pero no pienso fracasar en mi misión diplomática. Dije que volvería a Ungasi por vía diplomática, con esos bonos y el tratado, y eso es lo que voy a conseguir, pese a quién pese. ¿Podemos contar con su ayuda?

Brigitte estaba sentada en un sillón. Notaba como si su espalda y su pecho estuviesen aprisionados por un dogal de hierro que la estrujase sañudamente. Apenas podía respirar.

—Señor Mawaso…, quiero… quiero hablar con usted… con usted… a solas…

—Vano empeño —negó secamente Mawaso—. Si tiene algo que decir, que sea ahora, delante de mis compañeros.

—Entonces, no… no diré nada… Y si me matan, tanto peor… para mí, para ustedes… y para… Federación Ungasi.

Agatha Barrows volvió a acercarse a ella, alzando ahora ambas manos, en el sistema de defensa y ataque mortal del karate. Pero Ankio Mawaso la detuvo con un gesto. Estuvo casi un cuarto de minuto mirando fijamente a Brigitte. Por fin, asintió con la cabeza.

—Marchaos —dijo.

—Ankio, no podemos confiar…

—Marchaos, Kolo. Sé lo que piensas. Pero no vamos a perder gran cosa por conceder a la señorita Montfort unos minutos de su vida.

—Ella te mentirá —dijo Agatha Barrows.

—Es posible. Pero eso no la beneficiará en nada. Y si contamos con la posibilidad de un beneficio para Ungasi, hay que escucharla… Os llamaré cuando ella termine de hablar… ¿Es eso lo que usted quiere, señorita Montfort?

—Sí.

—Salid —insistió Mawaso.

Brigitte recibió dos hoscas miradas, pero Mawaso fue obedecido. Quedaron solos los dos, cada uno sentado en un sillón, con la diferencia de que Mawaso tenía un arma en la mano, y Baby estaba completamente desarmada, y tan dolorida que se sentía poco menos que incapaz de moverse. Cuando la puerta se cerró, Mawaso alzó las cejas, interrogante.

—¿Y bien? —musitó.

—Dígame primero cómo funciona su sistema de alarma, señor Mawaso.

—Está conectado a la puerta de este despacho. Sonó cuando usted la abrió.

—No sonó —musitó Brigitte—. Le estoy diciendo la verdad. ¿No hay alarma en la caja fuerte?

—Sí. Pero ese sistema está completamente desconectado. En cambio, el de la puerta no supo usted desconectarlo debidamente.

—¿No comprende que esto no tiene lógica? Si sonó el sistema de alarma de la puerta cuando yo entré…, ¿cómo pude tener tiempo de desconectar el de la caja, abrirla, y, luego todavía intentar huir? ¿Dónde he podido esconder los bonos y el documento del tratado, además?

Los negros ojos del diplomático brillaron duramente.

—Yo puedo explicárselo, señorita Montfort. Usted entró en el despacho, por esa puerta, cuando su cómplice ya tenía abierta la caja fuerte. Naturalmente, su cómplice había entrado por el ventanal. Cuando usted entró y sonó la alarma, él tuvo tiempo de huir, con los bonos y el documento. Pero usted no tuvo tiempo de escapar, y ahora deberá decirnos dónde encontrar a su cómplice, a fin de que podamos recuperar los bonos.

—Está en un error, Mawaso. No tengo cómplices en esta incursión a su Legación. Le diré lo que ocurrió, y le aseguro que ésa es la única verdad: entré por la ventana de la sala de recreo, llegué hasta esta puerta, utilicé una ganzúa para abrirla, entré, fui hacia la caja fuerte, aparté el cuadro y vi abierta la caja. Entonces, alguien me sujetó por detrás y me golpeó, arrastrándome hacia la puerta. Me dejó tendida en el suelo, conectó la alarma nuevamente, y cuando cerró la puerta, la alarma sonó… Y mientras ustedes venían hacia el despacho, esa persona escapó, sin duda por la ventana de la sala de recreo, es decir, por el sitio que yo utilicé para entrar. Había

alguien aquí cuando yo entré, Mawaso. Alguien que conocía los sistemas de alarma, que tiene los documentos y los bonos, y que ha escapado.

—Puede ser. Pero yo quizá podría creerla si usted me explicara de un modo satisfactorio su estancia en mi despacho, señorita Montfort.

—Vine a recuperar los bonos y el tratado.

—¿A recuperarlos? ¿O a robarlos?

—A recuperarlos. Soy una espía, señor Mawaso, efectivamente… Pero al servicio de la CIA.

—No comprendo —parpadeó Mawaso—. ¿Por qué quería la CIA recuperar unos bonos y un tratado que yo he obtenido legalmente, dando la cara y con toda honradez, por la más estricta y honesta vía diplomática?

—Temíamos que usted pudiera hacer mal uso de esos bonos.

—¿Mal uso? ¿En qué sentido?

—Quizás usted pensara utilizarlos para emprender alguna acción que comprometiera a Estados Unidos.

—Sólo pensaba utilizarlos para adquirir cosas para mi país… Ése fue mi trato, mi palabra. Y ésas eran mis intenciones. ¿Por qué tenían que creer otra cosa de mí?

—Porque sabemos que usted está o ha estado entrevistándose con Serge Mikomayan, un ruso que está asalariado al servicio de espionaje de la China Roja.

—Ah sí. Tuve una entrevista con él en Kokowa hace algunas semanas. Pero no acepté sus proposiciones. Y no lo he vuelto a ver desde entonces.

—Sin embargo, Serge Mikomayan está en Nueva York, y ha sido visto rondando esta Legación.

—No lo he visto. No quise saber nada de sus proposiciones, y así se lo hice saber en Kokowa. Ignoraba que Mikomayan estuviese en Nueva York.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Siempre lo estoy —dijo secamente Mawaso.

Brigitte estuvo unos segundos mirando fijamente aquellos inteligentes ojos, que la miraban con firmeza; duramente, pero siempre poniendo de manifiesto aquella expresión noble, honrada, leal.

—¿Qué trato le propuso Serge Mikomayan, Mawaso?

—Entendí que llegaba como intermediario de la China Roja, la cual quería adquirir los derechos de explotación petrolífera de Federación Ungasi.

—Ah… ¿Y no le ofreció lo suficiente?

—Me ofreció más que Estados Unidos —sonrió sarcásticamente Ankio Mawaso—. Y en buenas condiciones. Pero yo tenía ya hecha mi elección respecto a mi comprador favorito. Y ése era Estados Unidos. No se trata solamente de dinero, señorita Montfort. En mi elección ha intervenido cierta afinidad de ideas políticas y sociales. Las económicas serán resueltas en algunos años, gracias al petróleo ungasiano. Pero no quería ser rico y estar… oprimido. Prefiero ser un poco menos rico y ser libre. Tengo mis propias ideas respecto al sistema político y social que nos conviene a los africanos, y, por tanto, precisaba de un comprador que no intentase imponer sus ideas y que, a la vez, fuese rico, estuviese capacitado para ayudarnos en otros aspectos: técnicos, científicos, económicos… Elegí Estados Unidos, y le aseguro que no estoy realizando ningún doble juego, ni maniobra política alguna. Mis verdaderas y sinceras intenciones están todas especificadas y aclaradas hasta su último extremo en el tratado que firmé hace dos días con su país.

—Bien… Parece, entonces, que sólo hay una respuesta a esto, señor Mawaso: Serge Mikomayan ha conseguido entrar en la Legación, y se ha llevado ese tratado y los veinticinco millones de dólares en bonos. Yo le creo a usted… ¿Me cree usted a mí?

Ankio Mawaso permaneció reflexivo unos segundos, siempre manteniendo su mirada fija en los hermosos ojos azules. Por fin, bajó la mano que empuñaba la pistola.

—¿Se le ocurre algún modo de recuperar esos documentos, señorita Montfort? —musitó.

—Quizá los tengamos ya en nuestro poder, señor Mawaso… —Baby sonrió dulcemente—. ¿Me permite utilizar mi radio de bolsillo?

—Hágalo.

Brigitte recuperó su radio, la accionó, y enseguida oyó la excitada voz de Charles Pitzer:

—¿Qué está ocurriendo, Baby?

—¿No lo sabe? —susurró sombríamente la espía—. ¿Acaso no

han capturado a Serge Mikomayan?

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Cómo demonios podríamos haber conseguido eso, si no nos hemos movido de la Legación?

—¿Está seguro? —dijo fríamente Brigitte—. Lo digo, tío Charlie, porque Serge Mikomayan ha estado aquí, ha robado los documentos, me ha golpeado, y se ha marchado.

—¡Imposible! —Casi gritó Pitzer—. ¡Nadie ha salido de la Legación desde que usted entró!

Brigitte se mordió los labios.

—Lo llamaré dentro de diez minutos, tío Charlie.

Cortó la comunicación, y se quedó mirando a Mawaso.

—¿Qué ocurre? —susurró éste.

—Serge Mikomayan no es tan tonto como creíamos. Todavía está en el edificio. Debe de haber comprendido que yo no estaba sola, y en lugar de salir, se ha escondido… ¿Vamos a buscarlo, señor Mawaso?

Ankio Mawaso se puso en pie, fue hacia la puerta y la abrió. Kolo Kaduva y Agatha Barrrows entraron enseguida, interrogante la mirada.

—Serge Mikomayan ha vuelto a acercarse a nosotros, Kolo. Está en Nueva York… Concretamente, dentro de la Legación. Él ha robado los documentos.

Kaduva miró un instante a Brigitte.

—¿Qué te ha dicho ella, Ankio?

—Luego, os lo explicaré. Ahora, tened preparadas las pistolas y busquemos a Mikomayan. Tiene que estar todavía dentro del edificio… La señorita Montfort nos ayudará. Está de nuestra parte.

—¿Cómo puedes estar seguro? —murmuró Agatha Barrows.

—No puedo estarlo… Pero creo que dice la verdad.

—Y yo creo que está haciendo su propio juego —dijo fríamente la peligrosa rubia ungasiana—. Déjamela unos minutos más, y verás cómo decide dejarse de mentiras.

—Es posible que todo lo que me ha contado sean mentiras. Pero lo cierto es que ella no tiene los documentos, ni los bonos. Y si ella está diciendo la verdad, yo no pienso perder la más pequeña oportunidad de recuperar esos bonos. Recoja su pistola, señorita Montfort. Vamos a recorrer el edificio los cuatro. Si Serge Mikomayan está en él, le aseguro que no podrá ocultarse.

* * *

—No está, evidentemente —dijo con su seca frialdad Agatha Barrows. Habían recorrido ya todo el edificio, y, desde luego, el espía asalariado a la China Roja no estaba allí dentro.

También Kolo Kaduva miraba fijamente a la agente Baby, quizás esperando alguna reacción de ésta, algún truco… Y todo el truco de Brigitte fue recurrir de nuevo a su pequeña radio.

—Tío Charlie, ¿ha salido Mikomayan? Por alguna ventana, por la verja…

—¡No! ¡Y dígame de una vez lo que está pasando ahí dentro!

—Que han robado el tratado y los bonos. Eso es lo que ha ocurrido aquí dentro. Y le diré algo más… Le diré lo que ha ocurrido ahí fuera. Por segunda vez, Serge Mikomayan se ha hecho humo ante ustedes. Enhorabuena.

—¡Déjese de ironías y salga inmediatamente, para explicarme las cosas como es debido! ¡Es una orden!

Brigitte cerró la radio y se quedó mirando a Mawaso.

—Ya ha oído, señor Mawaso. ¿Puedo salir?

—Parece que usted está diciendo la verdad…

—No ha debido dudarlo ni un momento. ¿Qué dicen ustedes?

Miró a la rubia y a Kaduva. Ella permaneció silenciosa, sombría. Kaduva masculló, secamente:

—Todo lo que digo yo es que nos hemos quedado sin lo que vinimos a buscar, y que tan… laboriosamente ha sido trabajado y estudiado. ¿Cómo podemos volver ahora a Ungasi? ¿Qué diremos allí? ¿Qué podemos decir a Estados Unidos respecto a la desaparición de esos veinticinco millones de dólares en bonos de su Gobierno?

—No digan nada. Márchense, como si nada hubiera sucedido… Yo les enviaré los bonos y los documentos en cuanto los recupere. De todos modos, si queda probada su buena fe, mi Gobierno quizá no tenga inconveniente en otorgarles otra copia del tratado, y otros veinticinco millones de dólares. Eso, mientras la CIA se encarga de resolver la otra parte.

Ankio Mawaso se dejó caer en un sillón, escondió la cabeza entre las manos y estuvo así casi un minuto.

—No —musitó al fin, alzando la cabeza—. Ésa no es la solución,

señorita Montfort…

—¿Se le ocurre otra?

—Tampoco, ésa es la verdad… Pero no puedo decir que nos han robado los bonos y el tratado… ¡No puedo! No soy un hombre ambicioso en mi propio beneficio, no quiero riquezas, ni poder… Pero sé que Ungasi me necesita…, me necesitará pronto, cuando yo haya madurado políticamente un poco más. Si ahora digo que me ha ocurrido esto, perderé la confianza de todos, seré relegado, apartado. Y no quiero eso. No por mí personalmente, sino por Ungasi. Tengo que seguir adelante.

—¿Pretende ocultar el robo? ¿Cómo habría de conseguirlo?

—No pretendo ocultar nada… Simplemente, retrasaremos el regreso a Ungasi. Un par de días, quizá… No sé… ¡El tiempo que haga falta para recuperar esos documentos! No quiero que en Ungasi sepan que me han robado lo que tantas esperanzas significa para nosotros. Tampoco quisiera que Estados Unidos perdiese la confianza en mí.

—¿Me está pidiendo que guarde en secreto el robo? —musitó la espía.

—¿No puede hacerlo?

Había una gran súplica en aquellos inteligentes y nobles ojos del diplomático negro. Pero Brigitte movió negativamente la cabeza.

—Temo que no, señor Mawaso —musitó—. Puedo, quizá, retener un poco la marcha de los acontecimientos, ayudarle… casi particularmente. Pero no puedo… ni quiero ocultar un hecho de esa importancia a la CIA Compréndalo: nosotros tememos que esos veinticinco millones de dólares en bonos van a ser utilizados de algún modo que atentaría contra el prestigio de Estados Unidos. La CIA deberá poner alerta a sus hombres en todo el mundo. Incluso es posible que el FBI sea advertido de ese robo, para que se alerte a cumplir sus funciones básicas de seguridad nacional. No podemos ni siquiera imaginar lo que están pretendiendo los servicios secretos chinos con ese dinero, con esos bonos.

—Lo entiendo, lo entiendo… ¿No puede darme un plazo? ¿Un solo día, al menos?

—¿Qué espera usted conseguir en un solo día?

—¡No lo sé! ¡Algo!

Brigitte recogió todas sus cosas, incluyendo los zapatos, que

habían quedado olvidados junto a la puerta.

—Veinticuatro horas, señor Mawaso —musitó—. No puedo ofrecerle nada más. Como supongo que a usted ya se le ha ocurrido, le diré que puede localizarme en el listín telefónico. Si algo ocurre, llámeme a mi domicilio, y deje el recado si yo no estoy. Sea lo que sea lo que tenga que decirme, deje el recado, pues quien le atenderá será de toda confianza. Por mi parte, yo también buscaré esos bonos. Buenas noches.

Agatha Barrows fue tras ella, hacia la puerta principal de la Legación. La abrió, y se quedó mirando a Brigitte, como enfurruñada.

—Supongo que me guarda rencor —murmuró.

—Un poco —admitió la bella espía—. Pero mi doncella tiene unos grandes conocimientos del masaje sedante, señorita Barrows. Puedo asegurarle que mañana estaré como nueva.

—Bien… Me alegro de veras.

—Gracias. —Brigitte cruzó el umbral, y se volvió, sonriendo dulcemente—. De todos modos, no se acostumbre a pelear conmigo, señorita Barrows.

—¿Cómo? No comprendo…

—Quiero decir que si yo no hubiera estado ya dolorida por golpes anteriores, ahora sería usted quien necesitaría el masaje sedante.

Agatha Barrows no pudo contener una sonrisa un tanto despectiva.

—¿De veras lo cree así?

—Siempre doy buenos consejos —continuó sonriendo angelicalmente la espía internacional—. Son los demás quienes deben saber si es conveniente seguirlos o no. Buenas noches, señorita Barrows.

* * *

Charles Pitzer estaba irritado, y sobre todo muy preocupado, cuando Brigitte acabó de contarle lo sucedido, dentro del coche.

—Veinticuatro horas —musitó—. ¿Cómo se ha atrevido a hacer esa promesa, Brigitte?

—Por dos motivos. Uno, que estoy segura de que la CIA, en la

Central, votará por confiar en mí, como en anteriores ocasiones. Dos, que no quiero estropear la carrera política de ese hombre. Quiero que dentro de unos años Federación Ungasi esté en sus manos.

—Ya veo… ¿Y respecto a los documentos?

—Los recuperaré —sonrió enigmáticamente Baby.

—Bien… Ya hace tiempo que aprendí algo: lo que no consiga Baby, no lo consigue nadie. Trabaje a su modo… una vez más.

Capítulo V

Hacia las once de la mañana siguiente, Ankio Mawaso se dejó caer en el sillón del despacho principal de la Legación. Ante él estaban Agatha Barrows y los dos diplomáticos permanentes que se hallaban en Nueva York. Los otros dos, un hombre y una mujer, estaban terminando su misión en Washington.

—Bien —suspiró Mawaso—. ¿Alguno de ustedes ha conseguido averiguar algo?

Nadie contestó, y la negativa quedó así bien patente.

—Seguiremos buscando por otro lado… Detesto el espionaje, pero temo que deberemos organizarnos en ese sentido… incluso en Estados Unidos. Necesitamos más colaboradores. ¿Han sido visitados, los cuatro de que disponemos?

—Sí —asintió Agatha—. Nadie sabe nada, Ankio.

—Bien… Nos queda Kolo. ¿No ha venido, o ha llamado…?

—No sabemos nada de él.

—Esperaremos a ver si él ha conseguido… Un momento.

Había sonado el teléfono de la mesa. Mawaso lo descolgó y atendió la llamada.

—Federación Ungasi. ¿Diga?

—¿Eres tú, Ankio, no es cierto?

—¡Kolo! ¿Dónde estás?

—¿Estás solo?

—Pues… No. No, no…

—Quiero, que te quedes solo. ¿Estás en el despacho?

—Claro…

—Quiero que estés solo.

—Bien… Bueno, un momento —miró a los dos diplomáticos permanentes en Nueva York—. Pueden retirarse. Y sigan buscando, recurran a lo que sea. Los dos hombres salieron del despacho, y Agatha se inclinó hacia Mawaso.

—¿Qué dice Kolo, Ankio?

—Quiere que me quede solo en el despacho.

—Ah… Me voy, entonces…

—Oh, vamos, Ágata —refunfuñó Mawaso—, eso no va contigo. Quédate. ¿Kolo? ¿Qué tienes que decirme?

—¿Estás completamente solo?

—Claro, hombre. ¿Qué ocurre?

—Atiende bien, Ankio. Estoy en un motel de…

—¡En un motel! —exclamó Mawaso—. ¿Qué haces en un lugar de esos?

—Es un lugar como otro cualquiera. Por favor, escúchame: estoy en un motel de Long Island, cerca de un lugar llamado Hempstead, siguiendo la carretera 24-A. El motel se llama Atlantic Beach; está antes de llegar a Hempstead, a la izquierda. Es fácil de localizar, ya que se ve desde la carretera el principio de un camino particular que lleva a él. Yo estoy en la cabaña número nueve. ¿Entendido?

—Estás en un motel llamado Atlantic Beach, a la izquierda de la carretera 24-A, poco antes de llegar a Hempstead. Cabaña número nueve… ¿Qué más?

—Vas a salir ahora mismo de la Legación, tú solo. Ve a buscar a la señorita Montfort. Luego, venid aquí los dos solos. Los dos solos, Ankio. ¿Lo entiendes?

—Desde luego. ¿Qué…?

—Os espero.

—Pero ¿qué es lo que…? Clic.

Mawaso se quedó mirando el auricular, desconcertado.

—Ha colgado —musitó.

—¿Qué hace en ese motel? —preguntó Agatha.

—No lo sé… Quiere que vayamos allá la señorita Montfort y yo. Los dos solos.

—¿Crees que puede estar en algún apuro? —Se inquietó Agatha.

—No creo nada, no sé nada… ¡Esto es muy raro, Agatha!

—¿Qué piensas hacer?

—Ir allá, naturalmente.

—¿Te acompaño…? Aunque me parece que sería mejor que me quedase. Quizá recibamos alguna llamada, o sea necesario tomar una decisión sobre nuestro asunto…

—Será lo mejor. Supongo que Kolo ha calculado eso… Quédate

en la Legación y permanece atenta a una posible llamada. Iré a buscar a la señorita Montfort.

—Quizá no la encuentres en su domicilio… Seguramente, ella también está buscando por todos lados…

—Iré a su domicilio. Vive en la Quinta Avenida, no muy lejos de aquí. Es más práctico ir a buscarla que perder el tiempo en llamadas telefónicas. Hasta luego, Agatha.

* * *

—La señorita Montfort no está —dijo la linda muchacha que le abrió la puerta—. ¿Es usted el señor Mawaso?

—Sí… ¿Dónde podría encontrarla? Es urgente…

—Pase, por favor.

—Pero si no está…

—Por favor, pase.

Mawaso entró en el apartamento, nerviosamente. Fue conducido al grandioso *living* de amplísima terraza, con la diminuta piscina particular, palmeras enanas, televisión, jardín miniatura… Un diminuto perrillo, que casi cabía en la palma de su mano estaba en un sofá, mirándolo expectante, tiesas las orejas.

—No ladres, Cicero —sonrió Peggy—. El señor es un amigo de tu amita.

El menudísimo chihuahua ladeó la cabecita, dirigió una última mirada a Mawaso, dio un par de vueltas y se acomodó de nuevo en el rutilante sofá. Peggy se sentó junto a él y cogió una bonita caja de música, de nácar, que había sobre la mesita de centro, ante el sofá. Al alzar la caja, se oyó una dulce musiquilla, pero la doncella de la más bella espía del mundo detuvo el mecanismo. Abrió la cajita, que simulaba un piano de cola, y apretó sucesivamente tres de las diminutas teclas, con una uña.

—¿Dime, Peggy? —Brotó del piano de nácar la voz de Brigitte.

—El señor Mawaso está aquí. Quiere verla con urgencia, señorita.

—Bien… ¿Nos está oyendo?

—Sí, señorita.

—Dile que quiero hablar con él. Que se acerque al piano.

Pero Mawaso ya estaba allí, un poco desconcertado, mirando el

pequeño piano de nácar sin comprender todavía muy bien aquella especie de milagro, que era por demás simple para un espía cualquiera, gracias a la moderna electrónica.

—La estoy oyendo, señorita Montfort.

—Ah, magnífico… ¿Qué desea?

—Kolo me ha llamado por teléfono a la Legación. Dice que está en un motel de Long Island, y que quiere que vayamos allá solos usted y yo.

—Supongo que le ha dado la dirección exacta de ese motel.

—Sí, sí, desde luego.

—Tome un taxi ahora mismo y hágase llevar al puente de Brooklyn. Una vez allí, espéreme en la entrada, a la derecha, todavía en Manhattan. Lo recogeré dentro de quince minutos. ¿O hay algo más, Peggy?

—No, señorita —dijo la doncella.

—Pues hasta luego.

La comunicación se cortó. Peggy cerró la pequeña tapa del bonito piano y se quedó mirando a Mawaso.

—Será mejor que se dé prisa señor Mawaso. El tráfico no es precisamente fácil en el centro de Manhattan.

* * *

El rutilante automóvil se detuvo en seco a poca distancia de Ankio Mawaso, y éste vio el lindo rostro de Brigitte asomar por la ventanilla, junto con una mano que le hacía perentorias señas. Casi corrió hacia el coche, cuya detención estaba entorpeciendo el tráfico. La portezuela fue abierta por Brigitte, y el diplomático negro entró en el vehículo precipitadamente. En el acto, éste se puso de nuevo en marcha.

—Francamente horrible —suspiró Brigitte—. Dentro de unos pocos años, será inevitable la sustitución del automóvil por el helicóptero, señor Mawaso.

—Es un problema del que por el momento estamos libres en Ungasi.

—Ciertamente. ¿Cuál es la dirección exacta?

—Atlantic Beach Motel, cabaña nueve… En dirección a Hemstead, mano izquierda antes de llegar a esa población.

—Muy bien. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—No lo sé. Kolo me ha llamado a la Legación, me ha dicho que fuésemos usted y yo solos a ese lugar, y ha colgado.

—¿Parecía nervioso, preocupado, inquieto…?

—Mmm… No sé… Preocupado, quizás. Y también nervioso, sí…

—¿Va armado?

—¿Quién? —se asombró Mawaso—. ¿Kolo? Por supuesto que no.

—Pues por supuesto que eso está muy mal, señor Mawaso —dijo secamente Brigitte, fruncido el ceño—. ¿No tienen ustedes armas?

—Sí… Hay algunas en la Legación, desde luego… Pero no se nos ha ocurrido ni por un momento llevarlas encima.

—Esperemos que no haya que lamentarlo.

—¿La… lamentarlo…? ¿Qué quiere decir?

—Es posible que Kolo Kaduva esté en dificultades. Eso, en el supuesto de que no sea un traidor.

Ankio Mawaso lanzó una exclamación.

—¿Qué dice usted? —gritó—. ¿Kolo un traidor?

—¿No le parece posible?

—¡Es el mayor disparate que he oído jamás!

Brigitte volvió un instante la cabeza, para mirar con amable ironía al diplomático. Luego, con la barbilla, señaló uno de los compartimientos del tablier.

—Ábralo, señor Mawaso.

Mawaso obedeció… Y se quedó mirando la pistola, como aturdido. Volvió sus negros ojos hacia Brigitte, que continuaba sonriendo con aquella amable ironía.

—Es una pistola, señor Mawaso.

—No… no la necesito para entrevistarme con Kolo.

—Ojalá que no. Pero yo pienso de modo diferente. Nunca me he arrepentido de llevar mi pistolita. En cambio, muchísimas veces he lamentado no llevarla. Por otra parte, si piensa tan detenidamente como yo en lo sucedido anoche, comprenderá que en su Legación hay un traidor.

—No.

—Recapacite. Una persona entró anoche en su despacho antes que yo. Abrió la puerta y la caja fuerte sin que sonase la alarma. Después de golpearme a mí, conectó la de la puerta, de modo que

ustedes tres me atrapasen… Por supuesto, yo no fui. Fue alguien que conocía los sistemas de alarma de su Legación.

—¿Está insinuando que uno de mis compañeros fue quien robó los documentos y los bonos?

—O eso, o le facilitó los medios de hacerlo a alguien… Por ejemplo, a Serge Mikomayan.

—¿Y cree usted que Kolo hizo eso?

—Kolo, Agatha Barrows, cualquiera de sus cuatro compatriotas permanentes en la Legación…, o usted.

Ankio Mawaso se quedó mirando a Brigitte, que estaba atenta al tráfico, tan impávida como si no hubiese dicho nada importante. Por fin, el diplomático asintió con la cabeza.

—Parece razonable —musitó.

—Tan razonable como el hecho posible de que en estos momentos nos estén preparando una sucia jugada a usted y a mí.

—Kolo, no.

—De acuerdo, si así lo quiere: Kolo, no. Pero alguien, sí. Es posible que hayan capturado a Kolo Kaduva y le hayan ordenado que nos llame a nosotros, para matarnos… o cualquier otra cosa.

—Usted… está fantaseando mucho.

—¿Sí? —rió Brigitte—. Bueno, querido señor Mawaso, usted parece considerar con indiferencia las cosas relativas a veinticinco millones de dólares en bonos norteamericanos negociables en cualquier parte del mundo. ¿Me va comprendiendo?

—Quizá sí…

—Ajá. Conozco bien los trucos del espionaje… en su mayoría, claro. No todos. Un truco aceptable por parte de Serge Mikomayan sería el de prometer a alguien la entrega de los veinticinco millones de dólares a cambio de los documentos explicativos del tratado entre Estados Unidos y Federación Ungasi. Como complemento, quizá la vida de usted, que no quiso aceptar los tratos de la China Roja. Y por veinticinco millones de dólares, cualquiera de sus compañeros pueda llegar pensar que es bajo precio entregar los documentos… y la vida de usted.

Ankio Mawaso permaneció inmóvil unos segundos, sombrío… De pronto, cogió la pistola y la guardó en un bolsillo interior de la chaqueta. Brigitte lo miró entonces aprobativamente, como dispuesta a decir algo. Pero vio la expresión del diplomático, y se

dijo que no tenía por qué disgustarlo más.

Todo quedaría claro, más pronto o más tarde.

* * *

El motel era más bien barato, un tanto sórdido, quizás. No era la clase de motel que normalmente ocuparía un diplomático, aunque éste fuese de raza negra, que parecía predominar en el Atlantic Beach. Era un motel apto para la aventura corta, no para unos días de sosegado descanso.

Su elección por parte de Kolo Kaduva podía explicarse perfectamente debido a la presencia de hombres de su misma raza, apenas entrevistos, algunos de ellos acompañados de mujeres blancas…

Brigitte detuvo el coche ya dentro del recinto, en un pequeño *parking* oscurecido por altos plátanos. Desde allí se veían muchas de las cabañas, por entre castaños bordes y algunos abetos. No estaban separadas entre sí tanto como habría convenido a la discreción más absoluta, pero estaba claro que lo que se había pretendido era aprovechar al máximo el espacio disponible.

Cuando se detuvieron en el porche de la cabaña nueve, una pareja de negros muy jóvenes al parecer, salían de la número diez. Los miraron, vieron un negro y una blanca, y luego rieron maliciosamente, alejándose.

Brigitte llamó a la puerta. Enseguida, introdujo la mano en su bolso, empuñando la pistolita de cachas de madreperla. Podía disparar a través del bolso, si así convenía, con la misma puntería que si estuviese apuntando con la máxima comodidad.

Medio minuto después, tras mirar de reojo al impaciente Ankio Mawaso, sacó la mano. Pero no llevaba en ella la pistola, sino un alambre, que el diplomático miró sin comprender qué era hasta que la espía lo introdujo en la cerradura. Diez segundos después, la puerta se abría empujada suavemente por Brigitte, que se iba apartando hacia un lado… Dentro, todo estaba a oscuras; las persianas habían sido cerradas en su totalidad… Desde el porche entró la luz del sol de mediodía, ocupando cada vez más amplia zona a medida que la espía iba empujando la puerta…

Por fin vio una mano negra, a ras del suelo.

Lo clásico. Lo clásico siempre que intervenía la traición.

Ankio Mawaso también estaba mirando aquella mano, con los ojos muy abiertos. Se mordía los labios, y parecía no saber qué hacer. Ni siquiera tuvo alientos para sobresaltarse, o respingar.

—Temo que lo hayan matado, Ankio —susurró Brigitte—. Entremos normalmente.

Lo hicieron. Y Ankio se precipitó enseguida hacia su compañero de embajada especial en Estados Unidos. Cuando Brigitte, tras cerrar la puerta y abrir parcialmente una sola persiana, se acercó a él, Mawaso alzó la cabeza, lentamente. Sostenía una mano de Kolo Kaduva con las suyas, y en sus ojos, cuyo blanco brillaba en la semioscuridad, Baby Montfort vio todavía otro brillo más intenso, acuoso.

—Está muerto —musitó Mawaso—. Está muerto…

Brigitte se acuclilló junto al cadáver de Kolo Kaduva Sus ojos se acostumbraban rápidamente a la penumbra; al menos, lo suficiente para ver las salvajes contusiones en el rostro del muerto. Mawaso las vio entonces, y Brigitte notó el brusco temblor de sus manos.

—¿Qué… qué…?

—Le han golpeado, Ankio.

—Pe-pero… ¿Por qué? ¿Qué necesidad hay de golpear a un hombre al que se quiere matar?

—Debemos suponer que querían que Kolo Kaduva les dijera algo. Y como él se negó, lo mataron, y escaparon antes de que llegásemos nosotros. No hace ni cinco minutos que ha muerto. Han apurado el tiempo al máximo.

—¿Sabían… que nosotros veníamos hacia aquí?

—Desde luego. Y llegaron antes por el tiempo que usted invirtió en reunirse conmigo.

—Entonces, ha sido culpa mía… ¡Yo he tenido la culpa de…!

—No diga tonterías. Todo estaba bien calculado… ¿Quién sabía que usted venía hacia aquí?

—Nadie. Bueno, sí, pero… Oh, no…

—¿Quién lo sabía?

—Agatha… No, no… Ella no puede ser…

—Investigaremos eso. ¿Usted se lo dijo a ella, que vendríamos aquí a ver a Kolo Kaduva?

—Agatha estaba en el despacho cuando Kolo me llamó. Se

enteró de todo… ¡No es posible, no puedo creerlo de ella!

—Cálmese. No hay que culpar a esa chica antes de registrar su Legación, especialmente su despacho. Quizás encontremos algún micrófono escondido allí, y entonces todo quedaría explicado. De todos modos, no pierda de vista a Agatha Barrows en cuanto nos reunamos con ella. Y no me diga que es imposible.

—Lo es. Pero… vigilaré a Agatha.

—Muy bien. —Brigitte sacó la radio de su bolsito y la accionó—. ¿Tío Charlie?

—Adelante, Baby.

—Estamos ya en el motel. Hemos encontrado muerto a Kolo Kaduva. Antes de matarlo, lo golpearon, no puedo adivinar exactamente por qué, ya que me resisto a creer en cosas simples e ingenuas.

—Este asunto se está complicando demasiado, Brigitte. Creo que deberíamos prescindir de su promesa de veinticuatro horas a Ankio Mawaso y proceder con todos los efectivos…

—Todavía no. Cada vez estoy más convencida de que los documentos y los bonos no corren peligro. Ahora, tío Charlie, quiero que localice a Serge Mikomayan… Y no lo pierdan de vista esta vez.

—Ah… Fantástico. ¿Y cómo lo localizamos?

—No hace ni diez minutos que ha estado aquí. En estos momentos está de regreso a Nueva York, de modo que tiene que cruzar alguno de los puentes si quiere entrar en Manhattan. Tenemos esa posibilidad… Si su escondrijo está en Manhattan, tendrá que cruzar algún puente. No creo que se moleste en subir por Brooklyn, Queens y bajar por Bronx… Si cruza uno de esos puentes, quiero que lo vean y lo sigan.

—Ordeno y mando —gruñó Pitzer—. A veces me pregunto quién es el jefe, usted o yo. De acuerdo, haremos lo posible por vigilar esos puentes. Pero la Legación tendrá que quedar sin vigilancia…

—No importa.

—Está bien. ¿Qué hacemos respecto al cadáver?

—Lo pensaré. Ahora, muévanse todos hacia los puentes. ¿Tienen fotografías de Mikomayan todos nuestros hombres?

—¿Usted qué cree?

—Le llamaré luego.

Guardó la radio y miró a Mawaso, cuyos ojos estaban fijos en el maltratado rostro de su secretario y amigo.

—Yo lo encontraré… —susurró—. Yo encontraré a Serge Mikomayan tarde o temprano…

—No sea iluso —le desengañó Brigitte—. A menos, Ankio, que usted haya recibido alguna vez entrenamiento para espionaje. ¿Lo ha recibido?

—No… Pero encontraré a Mikomayan. Y lo mataré.

Brigitte encogió los hombros. ¿Por qué discutir, si primero había que encontrar a Serge Mikomayan?

—Vamos a volver a la Legación, porque tengo que hacer allí, Ankio. En cuanto a usted, hable con quien hable, incluida Agatha Barrows, sólo dirá que Kolo Kaduva ha sido asesinado. Ni una sola explicación más.

—¿Insiste en que Agatha…?

—No insisto en nada, excepto en que, de un modo u otro, las cosas que suceden en su Legación trascienden al exterior. Quizá sea todo debido a la colocación de micrófonos. Y como a veces encontrarlos es muy difícil, no quiero que usted diga nada de nada. Dirá que hemos encontrado muerto a Kolo, y eso será todo. Si nos están escuchando, no quiero que sepan lo que yo pienso hacer, ni lo que sospecho. ¿Lo entiende bien, Ankio?

—Sí… ¿Qué hacemos con Kolo?

—De momento, dejarlo aquí. Claro está que antes de marcharnos vamos a registrarlo bien, y a echar un vistazo por esta cabaña… Pero sé que no encontraremos nada. Lo único que podría habernos ayudado era que Kolo Kaduva hubiera sido más explícito con usted cuando le llamó por teléfono… Pero eso, al mismo tiempo, habría empeorado las cosas.

—¿Más de lo que ya lo están?

—Mucho más. Por lo menos, sabemos que Mikomayan no tiene el dinero, ni los bonos.

—¡Qué dice…! ¡Claro que los tiene!

—No, no… Si los tuviera ya habría desaparecido de escena, Ankio. Yo veo las cosas de este modo: supongamos que en la Legación hay un traidor que ha ayudado a Serge Mikomayan a conseguir los documentos a cambio de los bonos. Y supongamos que ese traidor es… o era Kolo Kaduva. No sería extraño, entonces,

que Serge Mikomayan, una vez en poder de los documentos y los bonos, matase a quien le había ayudado, en lugar de darle los veinticinco millones. Pero ¿por qué torturarlo? Sé muy bien que un espía jamás hace eso si no es con un motivo, con un propósito decidido de conseguir algo. Por simple gusto, no lo hace, se lo aseguro. Por tanto, bastaba con matar a Kolo Kaduva. Si lo han torturado es que querían algo de él.

—¿La cartera con los documentos y los bonos?

—¿Por qué no? —musitó Brigitte.

—Pero… ¡pero no puede ser! Si usted no los tiene, ni los tengo yo, ni Kolo, ni Serge Mikomayan…, ¿dónde están, quién los tiene?

Brigitte se quedó mirando a Kolo Kaduva, pensativa.

—No lo sé —murmuró—. No lo sé, Ankio. Pero sí sé, estoy completamente segura, de que Kolo Kaduva lo sabía. Sí… Kolo Kaduva lo sabía. Volvamos a la Legación.

Capítulo VI

Agatha Barrows se mordió los labios y se quedó mirando anonadada a Ankio Mawaso.

—Muerto… —musitó—. Kolo muerto…

Mawaso tragó saliva.

—Llegamos unos minutos tarde, Agatha… La señorita Montfort asegura que no debía de llevar muerto más de cinco o diez minutos. No podré… perdonarme nunca este retraso… Nunca.

La rubia ungasiana se dejó caer en un sillón del despacho, todavía aturdida.

—No puedo creerlo, Ankio… Kolo era tan fuerte, tan… ¿Cómo ocurrió?

—Primero lo golpearon —intervino Brigitte—. Luego, le metieron tres balas en el corazón. Creo que querían que Kolo Kaduva les dijera algo, pero debieron de convencerse de que no lo sabía… O de que no iba a decirlo por mucho que le golpeasen.

—Decir, ¿qué?

—No lo sabemos.

Agatha Barrows volvió a quedar pensativa, siempre aturdida, derrotada por la pena de la muerte de Kolo Kaduva. Estuvo así casi un minuto, perdida la mirada. Por fin, se sobrepuso, como si volviese de un sueño lejano, triste.

—Bien… ¿Qué podemos hacer? ¿Qué hemos de hacer ahora?

—Es cuestión de pensarlo. Las veinticuatro horas que les concedí se van agotando. A medianoche, tendré que informar a la CIA de un modo oficial respecto a lo que ocurre. Nuestro Gobierno no puede permanecer inactivo mientras veinticinco millones de dólares están en el aire, en bonos canjeables en cualquier país. Lo lamento, pero si dentro de diez horas no hemos conseguido nada, la CIA tendrá que movilizarse en todo el mundo… Será inevitable que mi Gobierno sepa lo ocurrido con esos documentos y con los bonos.

Agatha miró a Mawaso.

—¿Qué dices tú, Ankio?

—Nada… Nada, Agatha… No se me ocurre nada. Yo soy un diplomático, no un espía… Podría recurrir a trucos políticos o diplomáticos si tuviese algún dato para actuar… Pero no tengo, nada, no sé nada, lo ignoro todo…

—¿Y qué hacemos con Kolo?

—Tampoco lo sé.

Los dos se quedaron mirando a Brigitte. Ésta asintió con la cabeza, aceptando la plena responsabilidad en aquel asunto.

—He pensado algo al respecto. Creo que lo más prudente y discreto es encargarse de su cadáver antes de que intervenga oficialmente la Policía. El escándalo es lo que menos interesa en este asunto diplomático… De veras que estoy dispuesta a ayudarles en lo que me sea posible… Y no se me ocurre otra solución que recurrir a los servicios especiales de la CIA.

—¿Qué quiere decir? —musitó Agatha Barrows.

—Si la Policía es avisada, e interviene, el cadáver de Kolo Kaduva deberá permanecer veinticuatro horas en la Morgue. Eso daría una indeseada publicidad a nuestro trabajo Soy partidaria de que sea retirado discretamente, traído a la Legación y enviado lo más pronto posible a Federación Ungasi, por avión. Si intervienen los servicios especiales de la CIA, nadie sabrá nada, todo será hecho con la máxima discreción… Lo cual, a mi entender, nos interesa a todos.

—Enviar a Ungasi el cadáver de Kolo —gimió quedamente Mawaso—. No os precisamente eso lo que están esperando allá, señorita Montfort.

—Lo siento. Mi intención es solamente evitar mezclar al periodismo americano en esto. Y si quiere entenderlo bien, Ankio, yo pertenezco oficialmente a ese periodismo. En el fondo, salgo perjudicada.

—Lo sé, lo sé… La verdad es que me estoy preguntando qué habríamos hecho sin usted. Y estoy empezando a pensar que soy un fracasado…

—No sea niño —refunfuñó Brigitte—. La diplomacia es una cosa, y el espionaje otra cosa muy distinta. En un choque de ambas fuerzas, la diplomacia siempre saldrá perdiendo. Quizás ustedes, los

diplomáticos, sean más… retorcidos…, más astutos, si quiere… Pero elaboran las cosas demasiado tiempo, las piensan demasiado. Es decir, todo lo contrario del espionaje de acción. En esta clase o variedad del espionaje, la mentalidad del espía es siempre la que gana. En un solo segundo, sabe lo que le conviene, lo que debe hacer. El diplomático precisa tiempo, ensayos, estudiar la situación… Al espía le basta con la primera sensación, con ese golpe intuitivo… Lo malo para usted, Ankio es que no está peleando con diplomáticos, sino con espías. Y en ese terreno, siempre perderá. Los espías no conceden tiempo para que el adversario se prepare. Esto no es una discusión en la ONU. Aquí vale el primer golpe. Se ataca, se roba, se mata… Eso es todo.

—¿Usted… pertenece a esa… categoría de gente?

—Así es.

—Dígame una sola cosa: ¿hay posibilidades de recuperar esos documentos, y los bonos?

—Lo dudo. Pero si las hay, todo tendrá que hacerse a mi manera.

—Yo no dudaría, Ankio —susurró Agatha—. ¿Qué podemos perder que no hayamos perdido ya? No tenemos los documentos, ni los bonos, ni la vida de Kolo… ¿Qué más podemos perder dejando que la señorita Montfort haga las cosas a su manera?

Las dos mujeres se quedaron mirando al diplomático negro. Éste, tras unos segundos de reflexión, encogió tristemente los hombros.

—Está bien. Usted dirige el asunto, señorita Montfort.

—Haré lo que pueda. —Brigitte recurrió una vez más a su radio de bolsillo—. ¿Tío Charlie?

—Lo tenemos.

—¿Cómo? —exclamó la espía.

—¡A Serge Mikomayan! Ha entrado en Manhattan precisamente por Manhattan Bridge, en un Ford modelo sesenta y cinco, matrícula Empire State 69 24 35. Se están dirigiendo hacia Chinatown.

—¿Hay más hombres con él?

—Tres. Cuatro en el mismo coche.

—¡No lo pierdan de vista, tío Charlie, por lo que más quiera!

—Lo estamos intentando… ¿Qué quería, Brigitte?

—¿Tenemos algunos hombres libres?

—Ahora, sí.

—Envíelos al motel. Tienen que llevarse el cadáver de Kolo Kaduva y traerlo a la Legación de Federación Ungasi. Nada de Policía o cualquier otro procedimiento legal. Oficialmente, Kolo Kaduva habrá muerto en su Legación…, de un ataque al corazón, por ejemplo. Lo traen aquí, y eso es todo. ¿Okay, tío Charlie?

—¿Usted cree que eso es lo más conveniente?

—Sin duda de ninguna clase.

—¿Y respecto a Mikomayan?

—Yo saldré a reunirme con usted dentro de unos minutos. Lo llamaré desde el coche, y me dirá su situación. Concédame cinco minutos.

—De acuerdo.

Brigitte cerró la radio y quedó pensativa, bajo la expectante mirada de Ankio Mawaso y Agatha Barrows.

—Ustedes se van a marchar —dijo de pronto, mirándolos—. Van a salir de la Legación… ¿Dónde están sus compañeros permanentes? Mawaso miró a Agatha, que musitó:

—Salieron antes del almuerzo… Deben de estar buscando alguna pista por la ciudad. Volverán después de las seis de la tarde.

—¡Magnífico! Ahora, escuchen esto: van a ir a una funeraria los dos. Encargarán un ataúd… Procuren no dar más explicaciones de las necesarias. Sólo si se sienten obligados a ello, dirán que su compañero Kolo Kaduva ha muerto hacia el mediodía, en la Legación… Después de encargado el ataúd y de ordenar que lo envíen aquí, a la Legación, se van al aeropuerto… Sí, eso es. Se van allá y realizan los trámites necesarios para preparar el vuelo del ataúd hasta Kokowa…

—Por vía diplomática —intervino rápidamente Mawaso.

—Sí. Por supuesto, Ankio. Todo normal, todo correcto. El cadáver será enviado a Ungasi por vía diplomática. Resumamos. Primero, encargan el ataúd y que lo traigan aquí…

—No habrá nadie para recibirlo —atajó Agatha.

—Cierto —dijo Mawaso—. Si nosotros estamos preparando el traslado del ataúd a Kokowa…

—Procuraré estar de vuelta para entonces. Pero ustedes no se apresuren. No den a nadie la sensación deprisa. Ha sido una muerte lamentable, sin duda; pero sin consecuencias, sin que cause una

preocupación especial... Actúen con calma. Yo estaré aquí para recibir el ataúd, y si no pudiera estar enviaría a un compañero. A ese respecto, estén tranquilos. Sobre todo, no tengan prisa, recuérdenlo. Les buscaré la dirección de una empresa de Pompas Fúnebres adecuada...

—¿No sería mejor que permaneciéramos en la Legación? —sugirió Agatha Barrows.

—¡No! Usted olvida, señorita Barrows, que la CIA no está ahora pendiente de ustedes, sino siguiendo a Serge Mikomayan. Ese hombre ha demostrado ser una especie de... gran fantasma. Aparece, desaparece, se escapa con asombrosa facilidad... Yo no podría garantizarles que mientras nosotros lo estamos... cercando, él no se escapa y viene aquí a matar a los demás miembros de su embajada diplomática especial. Quiero que estén lejos de la Legación. Ése es mi trato.

—De acuerdo —aceptó Mawaso.

Agatha se limitó a asentir con la cabeza.

Brigitte cogió el listín telefónico de Manhattan, buscó en él, apuntó una dirección en un papel y lo tendió al diplomático y su secretaria.

—Esto es todo. Ahora, vámonos de aquí. Y no olviden esto: si no siguen mis instrucciones, yo dejaré de controlar personalmente este asunto. La amabilidad de tío Charlie hacia mí no podrá llegar más lejos. Con lo cual, la CIA intervendrá de lleno, y este asunto trascenderá más de lo que a ustedes les gustaría. ¿Okay?

Los dos asintieron con la cabeza.

Salieron de la Legación. Brigitte esperó junto a su coche a que Agatha Barrows y Ankio Mawaso tomaran un taxi. Entonces, entró, se colocó ante el volante, y requirió de nuevo su radio de bolsillo.

—¿Dónde está ahora, tío Charlie? —preguntó.

—En Chinatown. Pero ha ocurrido algo...

—¡Se les ha vuelto a escapar!

—No... Serge Mikomayan, no. Está en una casucha de Chinatown. Pero él solo.

—¿Y los tres hombres?

—Eso es lo que ha ocurrido. Estábamos siguiendo el coche... Al doblar una esquina de Chinatown, hemos visto el coche muy cerca, apenas en marcha. Se había detenido unos segundos... Los

suficientes para que Serge Mikomayan se apease… El coche se alejaba, y Mikomayan estaba allí, ante nuestros ojos… Hemos decidido dejar marchar el coche y vigilar a Mikomayan. Suponemos que él es quien dirige esto, de modo que si lo atrapamos a él, los atraparemos a todos.

Por eso, hemos dejado marchar el coche, y nos hemos ocupado solamente de Mikomayan.

—¿Seguro que está en esa casucha de Chinatown?

—Segurísimo. ¿Qué ordena su alteza? —ironizó Pitzer.

—Sólo una cosa —sonrió la divina espía—. Dígame dónde puedo reunirme con usted. Quiero tener el gusto de atrapar personalmente a Serge Mikomayan… Será un auténtico placer.

Capítulo VII

Como la noche anterior, Baby Montfort entró en el coche y se sentó junto a Pitzer.

—Hola, guapo —dijo al espía del volante.

—Hola —sonrió el agente de la CIA—. ¿Un cigarrillo?

—Pues sí… Muy amable, amor.

Había otro agente, con Pitzer, en el asiento de atrás, que dio fuego al cigarrillo de Brigitte, sonriendo. Para cualquier agente de la CIA, el hecho de conocer y trabajar con la agente Baby era una especie de privilegio, de simpática oportunidad… Y de tener la certidumbre de que todo iba a terminar a favor de la CIA Eso era lo que se decía al menos en la Central…

Brigitte suspiró satisfecha cuando se tragó el humo del cigarrillo. Pitzer la miraba entre irritado y divertido. Más divertido que irritado, desde luego.

—¿Éstos son todos sus… efectivos, tío Charlie? —señaló la divina a los dos hombres.

—Querida espía: hemos tenido que movilizar once coches, de modo que espero que no pretenda encontrar una docena de agentes en cada uno de ellos. Éste es el único en el que vamos tres. Los demás, viajan con uno solo.

—¿Los ha llamado ya, y les ha dicho que la búsqueda había terminado?

—Oh, no… Estaba esperando sus sabias decisiones en ese sentido.

—Simpático… —Brigitte echó el humo a la cara de Pitzer con una graciosísima pose de vampiresa trasnochada—. Supongo que están libres y esperando instrucciones. Ahora, hablemos de Mikomayan. ¿Qué tal aspecto tiene en carne y hueso? ¿Peligroso?

—Mucho.

—Estupendo. ¿Está en esa casucha?

—Sí.

—Pues iré a por él. ¿Cómo fueron las cosas?

—Lo vimos, lo seguimos, y ya le dije el resto. Tuvo usted una buena idea con eso de los puentes…

—Yo siempre tengo buenas ideas. Bien… Espero que Serge Mikomayan tenga la cortesía de esperar a que fume medio cigarrillo… ¿Envió a por el cadáver de Kolo Kaduva?

—Eso está en marcha.

—Entonces, tendré que darme prisa. Quiero estar en la Legación cuando llegue el cadáver, y, sobre todo, el ataúd.

—¿Qué ataúd?

—Un ataúd. No pretenderá que enviemos a ese pobre ungasiano franqueado como tarjeta postal a su país.

Los dos espías rieron brevemente. Pitzer soltó un gruñido y señaló hacia la casa.

—Mikomayan, evidentemente, va armado. Pero, a pesar de todo, soy partidario de que lo capturemos vivo.

—¿Capturemos? Querido tío Charlie, voy a ir yo sola a por él. En cuanto a que Serge Mikomayan viva o muera, le aseguro que no tiene la menor importancia. Al fin y al cabo, el pobre espía chino-comunista no tiene ni la menor idea del lugar donde están los bonos y el tratado.

—¿Ah, no? Entonces…, ¿es usted quien lo sabe?

—Tampoco —confesó Brigitte, sonriendo—. Pero tengo una idea que llevaré a la práctica en cuanto haya sostenido una entrevista con Mikomayan. Voy a entrar ahí, tío Charlie. Si dentro de unos minutos el que sale es él, mátenlo. Quiero estar segura de que voy a ser vengada.

—Es más práctico que vayamos los cuatro a por él, ¿no cree?

—No. No lo creo. Ah, un pequeño detalle: espero que tomarían algunas fotos de los hombres que iban en el coche con Mikomayan.

—Se hizo lo posible. Pero no es fácil fotografiar a unos hombres que van en un coche.

—Bien… Bueno, no importa: ellos caerán, no tardando mucho… No se olviden de vengarme.

Charles Pitzer fue a decir algo. Pero, mientras metía el cigarrillo en el cenicero, Brigitte lo miró fijamente, y su jefe directo en la CIA permaneció con la boca cerrada. Poco a poco, a medida que iba

trabajando con la divina espía, una duda se había ido infiltrando en su mente: ¿quién tenía más inteligencia y capacidad de improvisación: la agente Baby o «tío Charlie»? La respuesta que ya había encontrado tiempo atrás Charles Pitzer le había fastidiado no poco, pero él no era de los que por afán de mando estropean los trabajos de un grupo. Si Baby decía que quería ir sola, lo mejor era dejarla sola.

—La esperamos aquí. Y procure no matarlo.

—Seré una dulce y cariñosa espía.

Salió del coche y se alejó en dirección opuesta a la casa en cuestión. Dio la suelta a una manzana, y apareció por la parte trasera de la casa. Se veían campanillas y baladres en la valla de vieja y sucia madera. Incongruente en verdad. Los cristales estaban tan sucios que sería una proeza mirar a través de ellos. A un lado, había una vieja escalera de madera, tan podrida que era en verdad dudoso que pudiera soportar el peso de una persona.

Sin embargo, soportó el peso de la más hermosa espía del mundo, que la ascendió sin que ni siquiera se oyese un crujido en la madera. Una vez en el inclinado tejado, alzó con toda tranquilidad la claraboya del desván, casi desprovista de cristales. Se descolgó silenciosamente…, y se encontró envuelta en un montón de telarañas… Gajes del oficio… Una araña muy gorda escapó red arriba, hacia una de las vigas, moviendo velozmente sus largas y asquerosas patas… Brigitte se sacudió otra, que había quedado sobre su seno derecho, y se quitó los elásticos hilos del rostro. Estaba segura de que también había ratas por allí. El suelo tenía casi media pulgada de polvo…

Alzó la trampilla un par de pulgadas y se inclinó. La escalera de peldaños de madera descendía hacia la cocina, tan sucia y abandonada como el resto de la casa. Descendió por ella, siempre silenciosamente, posando sus pies muy despacio sobre los peldaños, evitando así el crujido de la madera.

Se encontró poco después en la cocina. Fue a la puerta, la abrió también un par de pulgadas, y vio un corto pasillo. Salió a él, ya con la pistola en la mano. Cuando, llegó a su extremo, se encontró en una de las puertas que daban al pequeño y sórdido *living*. Y allí, junto a una ventana, apartando el sucio visillo para mirar al exterior, de espaldas a ella, estaba el hombre.

Brigitte alzó la mano, apuntando la amplia espalda.

—¿Serge Mikomayan? —preguntó amablemente.

El hombre no se movió. Pareció no haber oído. Pero Brigitte sabía que sí la había oído. Poco a poco, al fin, el hombre se volvió. Un hombre alto, recio, de amplias espaldas, ojos pequeños y negros, fríos, duros.

—Buen trabajo —aprobó secamente.

—Gracias. A mi vez, y sin ánimo de ofenderle, debo decir que su actuación esta vez ha sido… deficiente. Si sabía que lo estaban vigilando…, ¿por qué no escapó por donde he entrado yo?

—No estaba seguro de que me estuviesen vigilando a mí.

—Oh… Peligrosa ingenuidad la suya, Mikomayan… Por cierto, ¿quiere que hablemos en ruso? Es que en chino no me explico muy bien.

—Yo tampoco.

—Sin embargo, está trabajando para el servicio secreto de la China Roja… ¿No es así, Serge Mikomayan?

—Usted lo dice todo.

—Pero puedo decirlo en el idioma que prefiera… Siempre, claro, en el que usted pueda explicarse mejor.

Serge Mikomayan sonrió despectivamente.

—Tengo la impresión, señorita Montfort, de que en ningún idioma voy a explicarle nada que le interese.

—Podemos hacer la prueba —sonrió Brigitte amablemente—. Creo que le conviene, teniendo en cuenta que con sólo apretar el gatillo puedo matarlo.

—Muy bien: hágalo.

—Tengo prisa, pero no tanta, Serge Mikomayan. A mi modo de ver, usted sólo tiene dos caminos a elegir, en estos momentos. Uno de ellos consiste en negarse a contestar a mis preguntas, en cuyo caso lo mataré inmediatamente, sin inmutarme. El otro le favorece más: conteste a mis preguntas, y lo pondré en manos de la CIA Seguramente, saldrá de esto con cadena perpetua. Es enojoso entrar en una prisión, pero un espía de su calidad puede encontrar una escapatoria.

—¿Cuáles son sus preguntas?

—Son tres. Primera: ¿ha matado usted, en compañía de sus amigos, a Kolo Kaduva?

—Sí.
—Segunda: ¿tiene los documentos y los bonos?
—No.
—Tercera: ¿quién es el traidor en la Legación de Ungasi?
Serge Mikomayan mostró una mueca despectiva.
—Ya sabía yo que no nos entenderíamos, señorita Montfort.
_¿No quiere contestar a la tercera pregunta?
—No.
—Antes de matarlo: ¿está usted tras los documentos del tratado entre Federación Ungasi y Estados Unidos?
—Desde luego. Y también me gustaría quedarme los veinticinco millones de dólares en bonos del Gobierno USA.
—¿Aun a costa de matar a quien les está ayudando dentro de la Legación Ungasi?
—Oh, desde luego…
—Es natural… Seguramente, yo haría lo mismo. Se utiliza al traidor, se le promete lo que él quiere…, y cuando tenemos lo que queremos nosotros, se le elimina. Es lo lógico. ¿Le avisaron de que Kolo Kaduva estaba en el motel, o tiene usted micrófonos en la Legación?
—Usted parece muy inteligente, señorita Montfort. Averígüelo.
—Lo haré. ¿Ha oído hablar de la agente de la CIA llamada Baby?
—Mucho… ¡No me lo diga! ¿Es usted?
—Sí.
—Bien… Mala suerte la mía, ¿no es cierto?
—Muy mala. Ya se lo he dicho: si no contesta a mi tercera pregunta, lo mato ahora mismo.
—No creo que tome esa decisión de un modo tan personal, Baby. La CIA querrá vivo a Serge Mikomayan.
—La CIA es posible —sonrió heladamente la espía—. Pero la agente Baby no lo necesita a usted para nada. De manera que…
En aquel momento se oyó un suave zumbido en el *living*. Y la espía internacional supo en el acto de dónde provenía: de un bolsillo interior de la chaqueta de Mikomayan. Una radio. Lo estaban llamando.
—Conteste, Mikomayan.
—No pienso hacerlo. ¿Por qué no contesta usted?
—Porque en cuanto oyesen mi voz, cortarían la comunicación.

Está bien, salgamos. Nos están esperando unos amigos míos.

—¿No decía que iba a matarme?

—No me provoque tanto. Tengo el dedo muy ágil. Salgamos. Camine hacia la puerta.

Serge Mikomayan asintió con la cabeza. La radio seguía sonando en su bolsillo. Dio un cuarto de vuelta y caminó hacia la puerta de la fea y vieja casa del barrio chino neoyorquino. Movió la mano derecha… Pero no hacia la puerta, sino hacia el interior de su chaqueta, al mismo tiempo que se volvía, ya sacando la pistola, que dirigió velozmente hacia el lugar estaba la bella espía internacional. Y no. Ya no estaba allí, sino cinco pasos más a la izquierda, vigilantes los ojos, alzada la pistola… Mikomayan quiso desviar la dirección de su arma, a toda prisa. Inútil. Tiempo perdido… Aunque, realmente, al espía ruso Serge Mikomayan le quedaba ya tan poco tiempo de vida que podía permitirse el lujo de perderlo tontamente…

Inmediatamente después de la fría sonrisa de la espía americana, vio los dos suaves fogonazos, y oyó los amortiguados estampidos Plop… Plop… Eso fue todo.

En realidad, el segundo ya no lo oyó porque la primera de las dos diminutas balas dio de lleno en el centro de su frente, un poco por encima del entrecejo. La segunda, en el centro del pecho, se hundió en un cuerpo que ya era cadáver… Y Serge Mikomayan cayó hacia atrás un tanto violentamente, soltando la pistola. Su cabeza chocó contra la puerta, y cuando fue resbalando, en la madera quedó una raya larga, oscura y pegajosa… Y algunos cabellos.

Quedó sentado, apoyado de espaldas en la puerta. Era como si nada hubiese pasado allí…, sólo que Serge Mikomayan, el escurridizo espía ruso siervo de la China Roja, había muerto. Simplemente, eso.

Brigitte se acercó, metió una manita bajo la chaqueta y palpó hasta encontrar la radio, que seguía sonando. Era tan pequeña, que había cabido dentro de un encendedor de tamaño corriente. Su alcance no podía ser superior a las cinco millas, o sea, muy inferior a la de Brigitte, pero, indudablemente, en ocasiones, aquella corta distancia era más que suficiente.

A la agente de la CIA le llevó apenas cinco segundos encontrar el mecanismo que admitía la llamada. Lo accionó, y enseguida oyó la

voz de un hombre.

Una voz desconocida:

—¡Serge! ¡Nos acaban de avisar que han ido a por ti! ¡Es una mujer a la que llaman Baby y su nombre verdadero es…! ¿Me estás oyendo, Serge?

—No —contestó plácidamente Brigitte—. Serge Mikomayan no puede oírle, porque ha muerto. Pero con gusto tomaré su recado, señor. Soy la mujer llamada Baby. ¿Será tan amable de decirme quién los ha avisado?

La comunicación se cortó enseguida. Lo cual no afectó en lo más mínimo a la espía, puesto que lo esperaba. Guardó aquella diminuta radio en su bolsito y accionó la suya.

—¿Qué? —Oyó el grito de Pitzer.

—Todo bien, tío Charlie: he matado a Serge Mikomayan.

* * *

—¡Todo bien! —masculló Pitzer—. ¿Era necesario matarlo?

Brigitte encogió los hombros, soportando impertérrita la mirada de su jefe cuando éste se incorporó junto al cadáver de Mikomayan.

—Era un asesino, tío Charlie. Además, él quería que lo matase.

—¡Pero usted sabía que yo lo quería vivo!

—¿A costa de mi vida? Sepa que él no pensaba dejarse coger vivo. En el estúpido supuesto de que yo lo hubiese dejado matarme, usted tendría que haberlo matado, porque él habría disparado. Mikomayan sólo tenía una alternativa: escapar. O morir, claro. No admitía términos medios. Y puesto que quería morir, preferí matarlo yo a permitir que intentase escapar por todos los medios después de matarme él a mí.

—Está bien, está bien… ¿Y ahora?

—¿Ahora? No sé… Todo está en el aire de nuevo Nos encontramos sin pistas.

—¡Magnífico! —resopló Pitzer—. Espero que se encargará usted personalmente de explicar todo este asunto en la Central, Brigitte.

—Ah, sí… Sin duda, tío Charlie. Sé hacer frente a mis fracasos.

Charles Pitzer entornó los ojos.

—¿Qué está tramando ahora? —musitó.

—¿Yo? Nada.

—¡No puede engañarme con esa inocente expresión! ¡Ya la he visto otras veces en sus ojitos embusteros, y cada vez que la he visto…!

—¿Qué? —sonrió la espía.

—Es muy lista, ¿eh? ¿Cuál es la solución? ¡Y no me diga que no lo sabe, porque yo sé que ya tiene todas las piezas en sus manos! ¿Cuál es la solución?

—La solución, tío Charlie, sólo puede ser una. Es tan elemental que hasta usted tiene que adivinarla. Fíjese bien: matan a Kolo Kaduva, y él no tiene los bonos. Lo mata Serge Mikomayan, el cual, a su vez, tampoco tiene los bonos. Tampoco los tiene Ankio Mawaso, ni Agatha Barrows, ni nosotros… ¿Quién los tiene?

—¿Quién?

—En estos momentos, nadie. Lo sospeché anoche, cuando el hombre que me atacó no pudo ser visto por ustedes al abandonar la Legación de Ungasi. ¿O debemos decir que no salió de la Legación?

—¿Nadie tiene los bonos y los documentos?

—Nadie. Pero los tendrá el primero que gane la carrera. Y yo soy tan rápida, tío Charlie… ¿Nos veremos luego?

—¿Adónde va? ¿A la Legación?

—¡Naturalmente, querido…! Y tengo un ruego que hacerle: no intervenga, vea lo que vea. Esto sigue siendo cosa de la agente Baby. Hasta la vista, queridos.

Capítulo VIII

Estaba buscando en el bolso la llave de la Legación que había tenido Kolo Kaduva, cuando la puerta se abrió. Uno de los diplomáticos negros permanentes en Estados Unidos se quedó mirándola expectante.

—¿Es usted la señorita Montfort?

—Sí.

—El señor Mawaso nos ha hablado de usted.

—Lo supongo… ¿Puedo pasar?

El hombre se apartó. Había otro pocos pasos detrás. Y no se veía a nadie más.

—¿Han regresado el señor Mawaso y la señorita Barrows?

—No. Nosotros teníamos que volver más tarde, pero hemos agotado nuestras posibilidades de búsqueda…

—No importa. ¿Quieren hacerme un favor?

—Sin duda. El señor Mawaso nos dijo que…

—Ya sé, ya sé… Subamos al último piso. A los archivos. No hay tiempo que perder.

Los dos hombres se miraron, desconcertados. Pero, al parecer, Ankio Mawaso había dado tajantes instrucciones respecto a Brigitte Montfort, de modo que los dos señalaron hacia la escalera. Brigitte inició la ascensión en primer lugar. Subieron en silencio los tres, rápidamente.

En la Legación sólo se oía el veloz taconeo de la agente de la CIA Llegaron al último piso, y Brigitte señaló una de las puertas mientras abría su bolsito.

—Ábranla.

Uno de los diplomáticos sacó un llavero, separó una llave, y la introdujo en la cerradura. El otro estaba a su lado, ambos un poco perplejos, desconcertados.

—Ya está ab…

Se quedaron mirando la pistolita empuñada tan firmemente por la delicada manita.

—Entren los dos.

—¿Qué… qué está usted haciendo…?

—Aunque no lo crean, les estoy evitando molestias, preocupaciones y peligros. Entren. No quisiera hacerlo, pero, si me obligan, dispararé.

Los dos hombres entraron en el cuarto del tercer piso que había abierto uno de ellos. Brigitte les señaló hacia el fondo. Entonces, mostró una diminuta cápsula de cristal, que sacó del bolso.

—Cuando todo haya terminado, ustedes me estarán agradecidos. Tiró la cápsula a los pies de los diplomáticos negros y salió velozmente, cerrando la puerta y alejándose hacia el otro extremo del pasillo, corriendo. Regresó diez segundos después, abrió la puerta y se quedó mirando a los dos hombres, tendidos en el suelo, profundamente dormidos por efectos del gas fulminante. Le quitó la llave al que había abierto la puerta, cerró por fuera y bajó al segundo piso. Se detuvo unos segundos allí, vacilante. En aquel piso tenía su alojamiento el personal permanente de la Legación…

No le interesaba. Bajó al primer piso.

Abrió una de las habitaciones. Apenas hacerlo, supo, por el perfume, que era la de Agatha Barrows. No le interesaba… por el momento, y siempre teniendo en cuenta las conclusiones a que había llegado. Entró en la siguiente… Estaba vacía, desocupada. La tercera fue la que estaba buscando. Dentro del armario encontró las maletas, y un portafolios. Y en el portafolios, la tarjeta con el nombre de Kolo Kaduva. Muy bien: aquélla era la habitación que Kolo Kaduva había ocupado en la Legación. Si fallaba, se encontraría tan desorientada que ya no sabría por dónde recomenzar el trabajo…

Pero no falló.

Quince minutos después, cuando ya desesperaba de obtener éxito, se le ocurrió mirar tras el armario. No vio nada. Todo oscuro… Pero cuando enfocó entre la pared y la madera la fina raya de luz de su linterna contenida en la pluma estilográfica, el bulto negro destacó claramente. Apagó la linterna, la guardó en el bolsito, y se quedó mirando el gran armario. No iba a ser fácil moverlo, desde luego. Pero sólo era necesario hacerlo unas pulgadas para que

la cartera, falta de presión del armario contra la pared, cayese al suelo, por detrás…

Y así sucedió un minuto después. Inmediatamente, la espía de lujo de la CIA cogió la cartera, examinó los cierres, sonrió, y la abrió, por el lógico y sencillo procedimiento de utilizar la llavecita que colgaba del asa de la cartera de piel negra. Metió la mano, sacó el fajo de papeles… Asombroso. ¿O no?

Quizás era lógico. Lógico, si se tenía en cuenta que el hombre que la había atacado la noche anterior en el despacho de Ankio Mawaso no había podido abandonar el edificio sin ser visto por la CIA. Y, en efecto, aquel hombre no había abandonado el edificio. Todo lo que había hecho fue subir a su habitación, a toda prisa… Entró en ella antes de que Mawaso y Agatha Barrows salieran al pasillo al oír la alarma. Escondió la cartera tras el armario, y salió él también…

Eso era, exactamente, lo que había hecho la noche anterior Kolo Kaduva: había robado los documentos y los bonos.

¿Tenía sentido todo aquello, teniendo en cuenta que hacía pocas horas habían matado a Kolo Kaduva en un motel, torturándolo antes…?

Esto último probaba que Kolo Kaduva no quería entregar los documentos a Serge Mikomayan indiscutiblemente. Pero, entonces…, ¿por qué los había robado?

La aguda mente de la espía internacional estaba funcionando con la precisión de un cerebro electrónico… Un cerebro electrónico es un aparato que no puede funcionar si no se le proporcionan datos precisos y concretos. Pero cuando los tiene, cuando son introducidos en sus mecanismos, las respuestas son veloces y exactas.

Y Brigitte Montfort tenía ya todos los datos concretos y precisos. Y, además, como comprobó tras mirar su relojito, tenía tiempo de hacer las cosas a su manera. Como siempre.

Recurrió a la radio de bolsillo, y enseguida oyó el gruñido de Charles Pitzer.

—¿Y ahora?

—Arreglado, tío Charlie. Tengo los documentos y los bonos.

—¡No!

—Ya lo creo que sí —sonrió Brigitte—. ¿Y el cadáver?

—¿Quiere que lo enviemos ya?
—Cuanto antes.
—Bien. ¿Cómo ha conseguido…?
—Hasta luego, tío Charlie. Y no lo olvide: no quiero su intervención directa a menos que la pida. Permanezca lejos de la Legación.
Cortó la comunicación.
Ahora, sólo era cuestión de tiempo.

* * *

Ankio Mawaso y Agatha Barrows regresaron a la Legación poco después de las cinco de la tarde, cansados y deprimidos. Y su depresión aumentó considerablemente cuando Brigitte, que los estaba esperando en el vestíbulo, los condujo silenciosamente a uno de los despachos pequeños. Las cortinas estaban corridas, y la luz del sol entraba libremente, formando un haz amarillo, lleno de diminutos corpúsculos que parecían flotar en la luz. Una luz que se entristecía al llegar al ataúd, en el cual estaba Kolo Kaduva.
—He podido ir arreglándolo todo mientras ustedes realizaban sus gestiones. Primero me trajeron el cadáver mis compañeros de la CIA muy discretamente. Luego, llegó el ataúd, y me pareció que debíamos colocarlo… conveniente… ¿Está arreglado el traslado?
—Por vía diplomática —musitó Mawaso.
—Bien… ¿Cuándo sale el avión?
—Dentro de dos horas.
—Entonces, no hay mucho tiempo que perder. Llamaré a la funeraria para que envíen un coche para efectuar el traslado del féretro al aeropuerto.
Mawaso y Agatha asintieron sombríamente, en silencio. Los dos estaban junto al ataúd, mirando a su compañero, como si todavía no acabasen de hacerse a la idea de que, a partir de entonces, no lo volverían a ver jamás.
Brigitte fue a telefonear desde otro despacho. Cuando regresó, Agatha se quedó mirándola expectante.
—¿Está usted sola en la Legación? —preguntó.
—Sí…
—¿Cómo pudo entrar?

—Con la llave de él —señaló hacia el cadáver—. Vendrán a buscarlo para llevarlo al aeropuerto, dentro de media hora, aproximadamente.

—¿No ha llegado ninguno de nuestros compañeros? —musitó Mawaso.

—No —mintió tranquilamente Brigitte—. No ha venido nadie.

—Todavía deben de estar buscando algo —sonrió Mawaso agriamente—. Me pregunto para qué. Todo ha terminado. Dentro de unas pocas horas, usted tendrá que informar ampliamente a la CIA, la cual pasará el informe de lo sucedido a su Gobierno…

—Lo siento —musitó Brigitte—. Hubiese querido hacer más, pero cuando no van las cosas bien…

—No ha sido culpa suya…, sino mía. Quizá no debí hacer las cosas tan honradamente, tan… tan…

—¿Tan por vía diplomática? —murmuró la espía.

—Eso es. Pero quise que todo estuviese claro, que todo estuviese bien visible para el mundo. Tenía que salir en los periódicos, aunque fuese en escondidos rincones de la última página: Federación Ungasi ha firmado un tratado con Estados Unidos… Sin trucos, sin espionaje, sin trampas ni componendas retorcidas… He fracasado. Eso… eso es todo. Y… ya sé que quizá no quiera creerme, señorita Montfort, pero lo que más me entristece es la muerte de Kolo. Eso, en el aspecto personal… En el profesional…, o en el patriótico, ya no me importa tanto, porque tengo la esperanza de que Estados Unidos será benévolo con el próximo diplomático que envíe mi país para firmar un tratado parecido… Ahora, sólo quisiera que esos veinticinco millones de dólares en bonos no les ocasionen disgustos a ustedes, a los americanos.

—Estamos acostumbrados a los disgustos. No se preocupe tanto, Ankio: hay que saber afrontar los fracasos. Yo jamás me fiaría de la persona que no sabe hacerlo. Quien no sabe fracasar, no sabe triunfar. Es como el juego… Quien no sabe perder, no sabe ganar tampoco…

—Espero saber perder. Pero es muy amargo, señorita Montfort.

Cuando llegó el coche que debía llevarse el féretro, surgió un pequeño problema, que fue resuelto enseguida. ¿Debía quedarse alguien en la Legación? La respuesta, obviamente, era afirmativa.

Pero también alguien debía acompañar el cadáver de Kolo

Kaduva hasta el aeropuerto. Y, realmente, nadie más indicado que Ankio Mawaso para hacerlo. Agatha Barrows quedó encargada de atender la Legación, siempre con la esperanza de que alguno de sus compañeros aportase algún dato respecto al paradero de los documentos y los bonos. Por su parte, Brigitte se ofreció a acompañar a Mawaso hasta el aeropuerto, y el diplomático aceptó, con abatido gesto de agradecimiento…

Desde la puerta de la Legación, Agatha Barrows vio alejarse los dos coches. Estuvo allí un par de minutos, pensativa.

Luego, entró en la Legación, cerró con llave y se dirigió a toda prisa a la escalera… Segundos después irrumpía agitadamente en la habitación que había ocupado Kolo Kaduva. Se detuvo en seco en el centro, mirando a todos lados, ansiosamente. Empezó a revolverlo todo, a toda prisa,

sin importarle ir dejando las cosas desordenadas. Diez minutos después, jadeante, crispados sus labios en una mueca de furia, su azul mirada se fijaba en el armario… Lo abrió, lo registró a fondo, cada vez más impaciente…

Y por último se quedó mirándolo, con la cabeza ladeada. Bien: no quedaba otro sitio donde mirar, de modo que…

Aferró un canto del armario, con fuerza, y empujó. Sus pequeñas pero durísimas manos de experta practicante de karate parecieron ir a hundirse en la madera… Poco a poco, el armario fue deslizándose, apartándose de la pared. De pronto, el suave golpe seco en el suelo. Y una feroz expresión de alegría en el bonito rostro femenino.

Se tiró al suelo, metió la mano bajo el armario y sacó la cartera de negra piel. Se quedó mirándola incrédulamente, pero al mismo tiempo con la expresión de quien ha resuelto de modo indiscutible un problema. Tenía que estar allí, allí estaba, y eso era todo.

Se quedó sentada en el suelo, riendo quedamente, aferrando con dedos nerviosos la cartera de piel. Buscó la llavecita, pero no la encontró donde debía estar…

Claro: Kolo Kaduva la había escondido también… ¿Qué importaba eso?

Siempre sentada en el suelo, se quitó un zapato, movió el tacón y sacó del hueco una radio diminuta, idéntica a la que Brigitte había encontrado en un bolsillo de Serge Mikomayan…

—¿Kondo?

—¿Es usted, *miss* Barrows?

—Naturalmente. Díganle a Serge que tengo los documentos y…

—Serge ha muerto. Lo mató la mujer llamada Baby, en la casa de Chinatown.

—¡Ha muerto! ¡Pero yo les avisé a ustedes, para que le avisaran a él de que iban a buscarlo! ¡Tuve que recurrir a un pretexto estúpido para separarme por un par de minutos de Mawaso, y llamarlos…!

—Lo sabemos. Pero el aviso llegó tarde. Baby ya lo había cercado. Lo mató.

—Bien… ¿Cambia eso las cosas en algo?

—Si tiene los documentos, no. De Ankio Mawaso habrá tiempo de ocuparse. Aunque no creo que eso le importe mucho a usted, que sólo desea los bonos… ¿Los tiene también?

—¡Claro! —rió Agatha—. ¡Pero los documentos no los quiero para nada!

—Nosotros, sí. ¿Cuándo nos los entregará?

—Estoy sola en la Legación… Sé que la CIA ya no la vigila. Voy a salir inmediatamente de Nueva York, de modo que si quieren los documentos estén delante de la Legación dentro de diez minutos… Ni un minuto más, Kondo.

—Ahí estaremos.

—De acuerdo.

Agatha guardó la radio, se puso el zapato, se incorporó, bajándose la falda de modo que la pistola quedó de nuevo oculta sujeta al portaligas.

Y cuando se volvió hacia la puerta, su mirada quedó espantada, fija en los negros ojos de Ankio Mawaso, plantado en el umbral.

—¡Ankio! —chilló.

—La cartera, Agatha —susurró heladamente el diplomático.

—No… Pero tú estás en… en…

—Estoy aquí, según parece.

—Yo… yo puedo explicarte…

—No hay nada que explicar… cuando ya todo está sabido. Sé muy bien lo que has hecho.

—No… No, no —sonrió despectivamente Agatha—. Creo que no lo sabes muy bien, Ankio.

—Entonces, explícamelo.

—¡Explicarlo! Oh, es simple, en realidad… Cuando tú no aceptaste el trato con Serge Mikomayan, él vino a verme a mí, en Kokowa… Y me interesó su conversación. Primero, me propuso que te convenciera para que no aceptases el trato con Estados Unidos, y sí con la China Roja… Pero le dije que no podría conseguirlo, que tú no eras como Kolo…

—¿Cómo era Kolo, Agatha?

—Muy… impulsivo. ¿No sabías que estaba loco por mí?

—No… No lo sabía.

—Pues así era, querido Ankio. Y el pobre Kolo se enteró de que yo me había entrevistado con Serge Mikomayan. No le dije la verdad de lo que pretendía, pero él temía algo, me vigilaba… Podía haberlo simplificado todo si me hubiese delatado a ti, pero… ¡me amaba tanto! En lugar de delatarme…, ¿sabes lo que hizo?

—¿Qué hizo, Agatha?

—Me vigiló… Siempre me vigilaba… Quería evitarme la ocasión de traicionaros, ya que de ese modo yo seguiría en Kokowa, junto a vosotros, junto a él… En lugar de delatarme, sólo quería evitar que yo hiciese algo que pudiera dar lugar a mi destierro o algo parecido. Por encima de todo, quería tenerme a su lado. Pero, además, quería ser fiel a Ungasi, a toda costa. Entonces, para ser fiel a Ungasi y al mismo tiempo evitar que yo atentara en algún modo contra nuestro país, él fue quien robó anoche los documentos… De este modo, yo no podría robarlos. Y, por tanto, seguiría cerca de él, al haber fracasado en mi intento… Cuando esta mañana te citó en un motel, él no quería que nadie lo supiera. Y, menos que nadie, yo. Pero tampoco quería decirte que sobre todo debías tener cuidado conmigo, porque habría sido tanto como delatarme… Y cuando tú fuiste a buscar a esa espía barata, yo llamé por la radio a Mikomayan… Una radio que él mismo me había proporcionado… Mikomayan fue a matar a Kolo, y a quitarle los documentos y el dinero… Pero resultó que Kolo no los tenía consigo… Lástima que cuando comprendí que sólo podían estar en su habitación, ya no podía despegarme de ti… He tenido que esperar hasta ahora…

—¿Y con qué objeto has hecho todo esto, Agatha?

—¿Con qué objeto? —rió histéricamente la rubia—. ¡Veinticinco millones de dólares! ¿Te parece poco objeto? Serge Mikomayan quería los documentos y tu muerte. A cambio de mi ayuda, me

ofreció la suya. Para él, los documentos y tu vida. Para mí, los bonos.

—¿Sabías que Mikomayan podía matar a Kolo?

—Claro que lo sabía. ¿Y qué?

—¿Te has vendido… y has vendido la vida de un compañero por veinticinco millones de dólares? ¿Has traicionado a tu patria por esa cantidad?

—¡Esa cantidad! —chilló Agatha—. ¡Hablas de veinticinco millones de dólares como si fuesen basura!

—¿Y no lo son? ¿Qué harías con ese dinero, lejos de Ungasi, de tu patria?

—¡Lejos de Ungasi! ¡Eso es precisamente lo que vengo deseando hace años, Ankio Mawaso! ¡Mi patria! ¡No quiero a Ungasi por patria…! ¡Un país de negros! ¡Durante veinticinco años he vivido estremecida de asco entre vosotros, los negros de Ungasi! ¡Y por eso me merezco veinticinco millones de dólares, para vivir lejos de vosotros, entre gente blanca, como yo…! ¡Yo elegiré mi propia patria! Donde sólo haya hombres blancos, y no negros como Kolo Kaduva, que siempre me miraba con deseo asqueroso… Buscaré el mejor lugar del mundo… París, Roma, Madrid, Buenos Aires, Río de Janeiro, Los Ángeles… ¡Con veinticinco millones de dólares puedo tener la nacionalidad que quiera, vivir donde quiera, con el nombre que más me guste…!

Ankio Mawaso adelantó la mano derecha, temblorosamente. Pero aún mucho más temblorosa sonó su voz:

—No irás a ninguna parte, Agatha, salvo a Ungasi, para ser juzgada por traición… Dame la cartera.

—Estás loco —volvió a reír Agatha—. ¿Esperas detenerme así, tan fácilmente? ¡Y ni siquiera estás armado! ¿Crees que voy a vacilar en matarte, Ankio?

—No estoy desarmado. —Mawaso mostró entonces su otra mano, con la pistola en ella—. La señorita Montfort ya me advirtió que una persona que hacía lo que has hecho tú no vacilaría en matarme.

Agatha Barrows se quedó mirando furiosamente la pistola con la que Mawaso la apuntaba.

—Esa espía barata… ¡Esa estúpida que quería descubrirlo todo ella sola…!

—Y lo ha descubierto, Agatha. De otro modo, yo estaría todavía camino del aeropuerto.

—Bien… Está bien… ¡Toma la cartera!

La agilísima y peligrosa practicante de karate movió velozmente la mano, y la cartera golpeó contra la pistola de Ankio Mawaso, arrancándosela de los dedos, tirándola a un rincón de la habitación… El diplomático adelantó entonces hacia la rubia traidora, dominado por una ira fría, un odio súbito hacia aquella mujer a la que hasta entonces había querido y respetado, casi admirado por su inteligencia, su eficacia, su gran capacidad de trabajo… Mentira. Todo mentira. Y por aquella tremenda mentira, el rectilíneo diplomático estaba dispuesto a estrangular con sus manos a la traidora, a la asesina…

Pero antes hubiera debido aprender algo de karate.

Cuando ya creía que tenía en sus manos el cuello de Agatha Barrows, las dos manitas de ésta, todavía con la cartera en una de ellas, golpearon juntas en su estómago. E inmediatamente, de un modo fulminante, la izquierda salió disparada hacia la garganta del atlético Ankio Mawaso, que salió disparado hacia atrás como si pesase apenas un par de libras. Rebotó contra la pared, quedó sentado, sacudió la cabeza…

Las vio a las dos a la vez: Agatha, ante él, apuntándole con la pistola que había desprendido de su portaligas. Brigitte Montfort, detrás, saltando hacia la espalda de la rubia…

El disparo brotó del arma, y Ankio Mawaso se sintió aplastado contra la pared, por un hombro. Y esto, con suerte, pues de no haber mediado la intervención de Brigitte, la bala se habría clavado en su corazón…

Las manos de la agente de la CIA parecieron hundirse en los hombros de Agatha Barrows, que lanzó un espantoso chillido y se encogió como cuero al fuego. Cayó de rodillas, como fulminada, tan dolorida que ni siquiera se dio cuenta de que un pie de Brigitte golpeaba su mano armada, enviando lejos la pistola…

Y la vio de pronto ante ella, erguida, sonriendo fríamente.

—Póngase en pie, señorita Barrows. Tengo una pistola, pero no me gusta abusar… Además, nosotras tenemos una discusión pendiente en el lenguaje del karate.

Agatha se incorporó lentamente, tambaleándose… Con tanta

astucia, que lanzó el puntapié precisamente cuando parecía imposible que pudiera hacerlo. Brigitte recibió la aguda punta del zapato en pleno vientre, y se dobló con rápida crispación, lanzando un grito de dolor. Agatha le lanzó entonces un golpe hacia los ojos, pero, aun cayendo, la agente internacional supo parar el golpe… Un golpe tan fuerte y duro que pareció capaz de romper su antebrazo, y que, desde luego, la envió rodando hacia un lado de la habitación…

Inmediatamente, la rubia dio media vuelta y se lanzó fuera de la habitación, un instante antes de que Ankio Mawaso consiguiera llegar arrastrándose hasta su pistola.

—No… no dispares, Ankio… —jadeó Brigitte, poniéndose en pie furiosamente—. Ella no merece morir tan fácilmente.

Se lanzó hacia el pasillo. Agatha Barrows estaba ya casi al final del tramo de blancos escalones, y corría hacia la puerta de la Legación… Cuando llegó a ella, Brigitte estaba ya en el centro del amplio vestíbulo, demostrando una agilidad y rapidez muy superiores a las de la rubia ungasiana… Salió al jardín apenas cinco yardas retrasada con respecto a la perseguida… Y la alcanzó justamente en el centro del jardín frontal de la Legación de Federación Ungasi.

La alcanzó de un modo muy doloroso: golpeando en expertísimo karate los riñones de Agatha, con la mano derecha. El impacto, sumado a la carrera de la ungasiana, envió a ésta, como tronchada hacia atrás, por el aire, no menos de cuatro yardas, antes de caer de bruces y rodar sobre el césped. La cartera salió lanzada todavía más lejos, hacia la entrada a la Legación…

Inmeditamente, un hombre entró en el jardín, corriendo hacia la cartera.

—¡Quieto! —gritó Brigitte, alzando sus faldas—. ¡Deje esa…!

El hombre la miró vivamente, metió la mano hacia el sobaco izquierdo… Brigitte disparó, el hombre lanzó un chillido, dio una vuelta hacia atrás, como una peonza, y cayó de rodillas. Brigitte vio la mancha de sangre en su hombro, y comprendió que iba a insistir en recoger la cartera…

Y se disponía a disparar mortalmente hacia el hombre cuando Agatha Barrows cayó sobre ella, alzando ambas manos juntas sobre el cráneo de la más bella espía del mundo, que se desentendió en el acto del hombre que se deslizaba hacia la cartera…

De no haberlo hecho así, el golpe que pasó rozando uno de sus hombros, le habría roto el cráneo como si fuese una cáscara de huevo… En lugar de eso, y al no encontrar el golpe el punto esperado, Agatha Barrows perdió el equilibrio, hacia un lado, mientras Brigitte, sorprendentemente, sonreía hacia el hombre que escapaba con la cartera hacia el coche que le esperaba a la puerta de verjas de la Legación.

Se ocupó muy poco de él, porque Agatha Barrows había recuperado ya el equilibrio, y estaba ante ella, encogidas las piernas, cruzadas las manos ante el rostro, buscando el hueco para el ataque…

Brigitte tiró los zapatos hacia un lado, y adoptó la misma postura…

—Veremos quién es la espía barata, *miss* Barrows —sonrió fríamente—. Y saldaremos la cuenta de anoche que…

Agatha Barrows fue la primera en atacar. Casi llegó al cuerpo de Brigitte. Pero tuvo en el acto la dolorosa, electrizante sensación de que la «espía barata» era una pantera de seda y acero… El primer golpe auténticamente feroz lo recibió Agatha Barrows, no supo cómo ni por dónde, en plena nariz, que crujió con claro chasquido de hueso roto… Y debido a las lágrimas de dolor, no pudo ver llegar el segundo, que le acertó en pleno pecho, tirándola hacia atrás como si fuese una muñeca hueca, rota.

Se puso en pie lentamente, tosiendo, notando el pecho como hundido, partido en dos…

—Podemos dejarlo si quiere, *miss* Barrows. ¿O seguimos?

Agatha Barrows lanzó un golpe con el pie que dio en una rodilla de Brigitte. Siempre, golpes de una contundencia terrible, destructiva… La espía cayó hacia atrás, seguida por la Barrows, que se colocó sobre ella, y lanzó un golpe de hacha hacia la frente de Brigitte… Ésta rodó hacia un lado, y la mano de Agatha se hundió, pareció clavarse en el césped… Enseguida, recibía un golpe en el mentón que la enviaba rodando varias yardas hacia un lado. Y Brigitte lanzó un grito cuando vio, precisamente en aquel lado, su propia pistola, de la cual quedó Agatha Barrows apenas a tres yardas… Y Agatha Barrows, convencida ya de que llevaba todas las de perder en el karate, no se conformó.

Se arrastró hacia la pistola, mientras Brigitte corría hacia ella…

Se volvió, disparó… justo en el momento en que de un golpe con la mano izquierda Brigitte desviaba el arma… La bala pasó casi tocando una sien de la espía internacional, que lanzó el golpe combinado sin vacilación de ninguna clase, hacia el cráneo de Agatha Barrows, en el más feroz y mortal golpe de karate…

La ungasiana cayó fulminantemente muerta a los pies de la espía americana… Quedó tendida de lado, rota la nariz, partida una mandíbula, hendido el cráneo, sangrando… Pero todavía su mano derecha tardó algunos segundos en soltar la pistola de Brigitte, que respiraba agitadamente ante ella, jadeante, revueltos los cabellos, pálido el rostro…

—Se… lo advertí…, *miss* Barrows…

—¡Brigitte! ¡Los documentos!

Se volvió hacia la puerta de la Legación. Ankio Mawaso estaba allí, doblado hacia delante, colgando un brazo lleno de sangre… Baby corrió hacia él, ayudándolo a sostenerse en pie.

—Cálmate, Ankio… Todo está arreglado.

—La cartera… ¡Se han llevado la cartera!

—Peor para ellos. Preparé una bomba que…

De lejos llegó, amortiguado, un potente estampido, que desvió lejos del jardín de la Legación la atención de la gente que se estaba ya concentrando al otro lado de las verjas.

—Abrieron la cartera —musitó la espía—. Lo siento por ellos.

—Los documentos —gimió Ankio Mawaso—. ¡Has destrozado también los documentos!

Brigitte movió graciosamente la cabeza.

—¿Tan tonta me crees? No estaban en la cartera, naturalmente.

—¿Dónde… dónde están? ¿Dónde…?

—Lo que tú necesitas es un médico ahora mismo. Y yo, una pequeña, astuta y solapada ayuda de la CIA para que se encargue de todo esto…

Ya verás como todo quedará como… como si no hubiese pasado nada. ¿Te sientes bien, Ankio?

—No sé… Me siento… mareado…

* * *

—¿Qué ha pasado?

—Que te han extraído la bala, te han vendado, y has dormido casi dos horas. Eres un hombre fuerte, Ankio Mawaso. Ingenuo, demasiado diplomático, quizás un poco… o un mucho torpe con las armas…, pero muy fuerte.

Mawaso miró a su alrededor. Estaba en su habitación de la Legación, simplemente. Como si nada hubiera pasado. Sólo que sí había pasado, y allá tenía el dolor en el hombro, para recordárselo.

—Los documentos… ¿Dónde están los documentos?

—Por cierto: no te preocupes por tus compañeros. Ya se les pasó el efecto del gas, están bien, y parece que todo marcha normalmente en la Legación de Federación Ungasi.

—Sí… Sí, está bien, lo celebro… ¿Y los documentos?

—En lugar seguro. ¿No crees que también podrías interesarte por mi salud, Ankio?

—Sí… Oh, sí, perdona…

—¿Te duele el hombro? —preguntó Brigitte, mirando su relojito.

—Un poco… ¿Y tú… cómo estás?

—Muy bien, gracias.

—Lo… lo celebro… Es extraño… Hace apenas un día que te conozco, y tengo la impresión de que eres algo… querido y viejo en mi vida…

—Eso les pasa a todos. Oh, se me olvidaba: ¿no te interesa saber dónde están los documentos y los bonos?

Mawaso miró entre sobresaltado e irritado a la espía, que se echó a reír. Fue hacia la terraza, abrió las puertas y señaló la noche, mirando otra vez su relojito… Ankio la miraba en silencio, expectante. De pronto, casi medio minuto después, la vio sonreír y señalar de nuevo hacia afuera, hacia el cielo…

—Si apagamos la luz —fue al interruptor, apagó la luz y señaló una vez más hacia el cielo, sentándose en un lado del lecho que ocupaba Ankio Mawaso—… Si apagamos la luz, podemos ver desde aquí las luces de un avión… ¿Las ves?

—Sí… Sí, las veo…

—En ese avión va el ataúd que lleva a tu amigo Kolo Kaduva a Ungasi. Y dentro del ataúd van los documentos y los veinticinco millones de dólares en bonos del Gobierno USA No tenía por qué correr riesgos innecesarios, ¿no te parece?

—Pe-pero… ¡debiste decírmelo!

—¿Para qué? Además, cuando los puse, todavía no estaba completamente segura de si el traidor a Ungasi eras tú o era Agatha Barrows. Ya te digo que no me gusta correr riesgos innecesarios.

—Pero así…, en un ataúd… No es modo de enviar… documentos de esa importancia…

—Estoy segura de que a Kolo Kaduva le encanta su… equipaje. Al fin y al cabo, se jugó la vida por eso, Ankio. Merece llegar con su triunfo dentro del ataúd. En cuanto a ti, ¿de qué te quejas? Las cosas han salido como tú querías, porque, ¿quién puede negar que esos bonos y documentos están viajando hacia Federación Ungasi por vía diplomática?

Este es el final

Ankio Mawaso se detuvo ante la gran puerta de cristales. Al fondo, el avión de la TWA que debería llevarlo pocos minutos después hacia África, hacia Federación Ungasi…

Junto a él, Brigitte Montfort, sonriendo, le tendió la mano.

—Buen viaje, Ankio.

El diplomático aceptó la manita, pero se quedó mirando los labios de la espía.

—Hubiese preferido… otra clase de despedida, Brigitte.

—Creo que no —musitó ella—. Estoy segura de que prefieres un apretón de manos sincero que un beso falso.

—Es cierto —se esforzó Mawaso en sonreír—. Tienes una gran capacidad para conocer a las personas, Brigitte. En pocos días, creo que ya nada podría pensar yo que tú no pudieras adivinar.

—Estás exagerando… Y se te escapará el avión.

—Supongo que sería inútil… volver a por ti algún día… ¿No tengo esperanzas de…?

—Ninguna, Ankio.

—Supongo que no es porque soy negro.

—Si yo te amase, tú lo sabrías ya. Y eso no tendría importancia, Ankio. La verdad es que… eres un hombre muy distinto al que yo podría amar. Eres… demasiado bueno.

—¿Y tú necesitas… un hombre malo?

—Digamos menos bueno que tú. Feliz viaje… Y muchos éxitos, Ankio Mawaso.

Éste soltó la mano de Brigitte y se dirigió hacia el bus del aeropuerto que lo llevaría hacia el avión… Y todavía no había llegado a éste, cuando una voz sonó detrás de Brigitte:

—¿Le gustaría ir a Federación Ungasi, Baby? Ella se volvió, sonriendo.

—Desde luego que no, por el momento, tío Charlie… ¿Se dedica

a espiarme?

—¿A usted? ¡Ésta es buena! Tan sólo me he interesado porque el señor Mawaso salga del país sin contratiempos… ¡Espiarla a usted! Mmm… ¿Aceptaría almorzar conmigo, Brigitte?

—No, señor. Ni aunque me lo pidiese por vía diplomática. Ciao, tío Charlie. Ya me avisará si la CIA se encuentra en algún apurillo…

FIN

Notas

[1] Véase *El último tentáculo*, de esta colección. <<